Prof. Dr. Ricardo Caballero

CATEDRA DE HISTORIA DE LA MEDICINA
Y DE LAS DOCTRINAS MEDICAS

FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS
DE ROSARIO

UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL

●

ARISTOTELES

NATURALISTA, BIOLOGO Y FILOSOFO

●

Cómo estudiamos su obra en la Facultad de Medicina de Rosario - Caminos que á través de ella, conducen a la concepción cristiana de la existencia de Dios, de la inmortalidad del alma y de la conciencia individual - La ciencia moderna en coincidencia completa con las doctrinas Aristotélicas.

●

Conferencia pronunciada por el señor Profesor Dr. Ricardo Caballero, en la tarde del 10 de Junio de 1943, en el centenario Salón de Grados de la Universidad de Córdoba

●

ROSARIO

1943

Prof. Dr. Ricardo Caballero

CATEDRA DE HISTORIA DE LA MEDICINA Y DE LAS DOCTRINAS MEDICAS

FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS DE ROSARIO

UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL

●

ARISTOTELES

NATURALISTA, BIOLOGO Y FILOSOFO

●

Cómo estudiamos su obra en la Facultad de Medicina de Rosario - Caminos que á través de ella, conducen a la concepción cristiana de la existencia de Dios, de la inmortalidad del alma y de la conciencia individual - La ciencia moderna en coincidencia completa con las doctrinas Aristotélicas.

●

Conferencia pronunciada por el señor Profesor Dr. Ricardo Caballero, en la tarde del 10 de Junio de 1943, en el centenario Salón de Grados de la Universidad de Córdoba

●

ROSARIO

1943

PROLOGO

El día diez de junio de 1943, invitado con anterioridad por el Decano de la Facultad de Medicina de Córdoba, pronuncié en el salón de Grados de la Universidad la conferencia que ahora edito.

La publicación significa mi respuesta al comentario antojadizo, confusionista, tendencioso, que sobre el contenido de la misma, realizara la prensa sensacionalista y pasquinesca. Esa prensa no opuso á mis ideas las suyas, porque ya sé que no las tiene, pero procuró azuzar los instintos de un estudiantado, liberal, comunista, socialista ó extranjerizante, para que arrojara por las calles el grito ronco con que disfraza sus apetitos: de VIVA LA DEMOCRACIA!, viva la Universidad DEMOCRATICA!, viva la Reforma Universitaria!. Yo quisiera saber cuál de esos jóvenes ha defendido como lo he hecho yo, en todos los terrenos á la democracia, porque hasta este momento no he podido saber sobre qué ideas se ha asentado la Reforma que la invoca. Si ella significa la participación del estudiantado en el gobierno de la Universidad, y, en la dirección de los estudios, y este hecho se denomina la democracia en la Universidad, yo lo repudio. lo he repudiado siempre.

Desearía saber también qué orientación ha dado ese movimiento a los estudios universitarios, porque si todo consiste en el recorrido rápido por las aulas donde se estudia EN APUNTES y NO EN LIBROS, donde se conocen algunos hechos clínicos en la monótona práctica hospitalaria, yo también repudio semejante orientación porque ella conduce a la formación de una clase de médicos STANDARIZADOS, incapaces por su formación mental y por su desprecio del pasado, de ahondar en las causas profundas de la vida, de la enfermedad o de la salud. Yo quisiera saber también cuáles han sido los procedimientos depuradores de los vicios universitarios; porque después de 25 años de vigencia de la Reforma, nos quedan como recuerdo de su paso devastador por las organizaciones universitarias, los títulos obtenidos en tres años; y como si eso no fuera bastante, las alianzas inconcebibles entre profesores y alumnos, que permite a éstos convivir con aquéllos, en una mezcla idiológica verdaderamente extraña: en el seno de los Consejos Directivos, frente a los profesores que confiesan creencias diversas más o menos conservadoras, se sientan los representantes del estudiantado con su método comunista o sindicalista de acción y con ideologías generales netamente de izquierda: liberalismo extremista,

socialismo marxista; comunismo, nacionalismo extranjerizante; todo eso cubierto con la inevitable palabra DEMOCRACIA. Parecería que de tal maridaje había de surgir un estado de guerra.. Pero no es así. Los estudiantes apoyados á veces, por gobiernos de izquierda prontos á la apostasía de los ideales confesados y practicados hasta la víspera de su inesperada caída, se imponen con sus algaradas y con sus gritos.

Yo digo que lo único que casi no existe en las Universidades es el Argentinismo, es decir, el concepto de que todos los problemas del país deben ser resueltos ó encarados, con criterio históricamente tradicional, racial y netamente argentino. Los movimientos de carácter internacional dentro del país, son inconcebibles, y si algunos pueden tener contactos ideológicos foráneos, ellos deben ser puramente tangenciales y nada más. El argentinismo, como lo siente la masa nativa y los extranjeros que se vincularon al país por el trabajo, por la familia y por la simpatía que despierta su modalidad en las almas buenas, estan aplastados por combinaciones oscuras y prácticas, que presentimos operan bajos los más encubiertos mimetismos. Por respeto a mi país, porque ahora aliento la esperanza de que algo puede ser salvado todavía, me abstengo de descender al abismo en cuyo fondo tenebroso se maquina en histórica y perversa continuidad, la total extinción de la argentinidad tradicional, gerárquica, católica, generosa, verdaderamente democrática.

Las condiciones de ambiente en que se desarrollara el comienzo de esta conferencia, explicará a los lectores, los párrafos primeros que improvisé Ellos iban enderezados a despertar, por si era aún posible, algunos sentimientos de esos que duermen en el fondo de todas las almas, y hacen que los hombres se reconozcan como semejantes, aún en medio de las explosiones de la pasión y del odio.

Creo que lo conseguí a medias, porque en la Córdoba intelectual de 1918, se combate toda tradición no referible a esa fecha! Mas atrás de ese año, se levanta para los adeptos de la Reforma la sombra del pasado, la teológica ignorancia que caracterizaba la enseñanza en la vieja Universidad. Mas acá del año de la Reforma, los claustros se iluminan con las luces de la ciencia democrática práctica, intrascendente, sin Dios y sin patria. La guerra actual es la respuesta sangrienta á esos desvaneos impíos azuzados por la superficialidad, por la ignorancia calculadora, por el ANTIARGENTINISMO, por los que a la nueva y grande Argentina, la conciben sin argentinos!. Yo de mi sé decir, que, en la ciencia profunda con la que estoy en contacto, encuentro la fuente de mi modalidad espiritual, modesta pero definida. Yo me siento argentino de mi estirpe, de mi tierra, y solo ansío hundirme con los míos, si el destino prepara para nosotros tan inconcebible encrucijada.
Rosario, Julio de 1943.

RICARDO CABALLERO

Señor Decano, Señores Profesores, Señor Juez Federal, señoras y señores. Cuando dirigí mis pasos hacia el portal de esta casa que guarda la tradición espiritual de las generaciones argentinas más auténticas, presa de la emoción que ustedes pueden imaginarse me embargaba después de 40 años de ausencia, mis miradas buscaron el escudo que lo corona y no pudiendo distinguirlo entre la niebla y la noche, recordé la leyenda de severa y noble elocuencia, con que su voz de piedra, ordena a los hijos de la madre Universidad en el momento de su partida incierta hacia la procelosa vida, "que lleven su nombre entre las gentes". Pero la visión me fué arrancada por la realidad amarga del momento y el recuerdo de un verso de Víctor Hugo, me hirió como un dardo envenenado de tristeza: "Le maison me regarde et ne me connais plús". Tras él vinieron otras reminiscencias de los poetas que han cantado la tristeza de las cosas frente a los desgarramientos que el tiempo produce en las almas, como si las cosas conservaran en el silencio de su inerte materia, los estremecimientos de las almas que frente a ellas lloraron y soñaron. Y fué Alfredo de Musset, asaltado por sus recuerdos como por un enjambre de pájaros que aletearan alegres al sentir sus pasos solitarios, por los viejos senderos arenosos "ou dorme un souvenir". Y luego Lamartine y las ondas del Lago que lo contemplaron soñador y joven; por fin Vicente Medina más amargo que todos susurró a mi oído, su desolada estrofa: "No es la misma el agua que va por la acequia, tampoco es la misma la casona vieja, tapiaron la reja, destruyeron los naranjos confidentes de los grandes espíritus que a su sombra meditaron. "No fué sólo un sueño, no fué sólo un sueño de dolor la ausencia". Exaltado por esas encontradas emociones, he traspuesto los umbrales de este recinto augusto, y entre el eco de los rumores hostiles que me llegaba sordo y ronco como el odio estéril, surgió a mi vista casi como viviente realidad, el día tranquilo y melancólico, de mi tesis doctoral. La imagen de mi querido maestro Pedro Vela, mi padrino, mirándome con hondo afecto desde aquella tribuna solemne, y luego en esa fila de sillones rojos que parecen hechos para recibir a la experiencia docta, a la fe serena, a la amistad invariable que sólo florece al amparo de una fe común, las sombras de mis compañeros muertos, de mis amigos desaparecidos. Bajo esta emoción voy a dirigirme a ustedes, y permítanme un momento de silencio, antes de entrar a dilucidar un tema que creo novedoso y profundo, sobre el cual por motivos de tiempo y de otro orden, tengo que ir componiendo los diversos párrafos, para dejar en vuestros espíritus, si-

quiera una sensación de unidad en las cuestiones que trate.

De no ser esto así yo habría dicho cómo los estudiantes de aquellos días, en lugar del odio estéril que divide a los actuales, buscaban en los libros el saber desinteresado de la ciencia que aspiraban a dominar de la manera más profunda y luego en la pincelada azul de esas sierras esculturales y en las noches serenas de la ciudad, cuando la luna brilla sobre las torres centenarias y viste de blanco las piedras ennegrecidas de la iglesia de la Compañía, encontraban motivos, de inspiración para otras nobles especulaciones del espíritu.

Señoras y Señores: He resuelto dedicar todo este año en compañía de mis alumnos, al estudio de la obra inmensa de Aristóteles. Esta conferencia es como la proyección de las lecciones de mi cátedra, que dicto los días sábados en Rosario. Procuraré darle ese carácter. Me mueve a esta resolución por una parte, el deseo de destacar a este ser excepcional, como hombre, como naturalista, como filósofo; y por otra el propósito de agitar en los ambientes universitarios, algunas de sus profundas ideas, a objeto de ver si es posible desterrar de ellos, la superficialidad, el orgullo, la escasa trascendencia de los estudios. En el curso de mis lecciones tendré oportunidad de señalar los puntos de contacto y lo haré en esta misma, de las doctrinas biológicas de Aristóteles con las de Hipócrates, de las que indudablemente provienen.

He demostrado hasta aquí, en el ejercicio de mi docencia que la medicina moderna como ciencia y muchas veces como arte, no puede compararse con la medicina antigua, porque la mecanización y la industrialización han conducido a aquélla a una experimentación sin horizontes; a la acumulación de hechos que le procura una publicidad desenfrenada y venenosa bajo cuyo peso queda aplastada la personalidad del médico. Los hechos en nuestro caso son las historias clínicas, las uniformes observaciones hospitalarias, los innumerables análisis, los gráficos registrados por p ulimentados aparatos mecánicos. De esta modalidad de investigación especialmente seguida por las actuales escuelas de medicina, surge ataviada de orgullo, la ignorancia académica, más oscura y más peligrosa para las sociedades humanas que la **ignorancia** analfabeta. Afirmo pues que los hechos que nos proporcione un análisis, un electro-cardiograma, los que llegarán pronto con los inminentes **cefalogramas,** las estadísticas de las curas totales por las sustancias medicamentosas que propala la publicidad industrial, son intrascendentes, carecen de valor científico, si no se los interpreta a la luz de la inteligencia esclarecida por hondos estudios generales, así como **también por las** palpitaciones de corazones generosos. Quiero pues afirmarles que el médico no debe subordinarse a los datos mecánicos que puedan transmitirle los gráficos, ni a las normas dictadas por una experimentación ciega, porque la ciencia verdadera, de acuerdo con la filosofía Aristotélica, ha demostrado que en el mundo biológico actúan fuerzas, que si bien en algún momento se asemejan y se penetran, unas obedecen a las leyes fatales de las fuerzas físicas, y otras a leyes biológicas y psíquicas, por las cuales se manifiesta la voluntad del Creador. La medicina de nuestros tiempos, divorciada de la filosofía y de la ciencia superior, ha pretendido basar su acción, en el campo reducido de la experimentación animal y de la práctica hospitalaria, donde desaparece para ella todo el misterio de la organización del hombre, haciendo del enfermo solamente **un caso.** De ahí que la medicina oficial prohiba a su terapéutica penetrar en el campo aun lleno de sombras, donde se entrecruzan los equilibrios biológicos, gravíticos, magnéticos, que condicionan la salud, los que pueden ser restablecidos cuando la enfermedad los rompe, por medio de las vibraciones psíquicas, las que pertenecen a la categoría de las fuerzas **afísicas** de que he hablado hace un momento. A estas fuerzas no las registra ningún aparato, pero las encuentra, y las reconoce el cálculo matemático, por medio del cual el hombre puede aproximarse a Dios. Acostumbrado el médico a cruzar esas fronteras armado con todas las armas que es capaz de proporcionarle una inteligencia nutrida en las fuentes prístinas del saber antiguo, sería mejor guardián de las vidas que debe conservar o salvar.

Voy a destacar aquí las consecuencias que puede tener un **hecho médico,** cuando es interpretado por una inteli-

gencia cultivada, servida por un corazón generoso. Saben ustedes cuántos son los partos distócicos o complicados, en un millón? Es uno, así como lo oyen los no profesionales aquí presentes: uno en un millón! Para prevenir ese uno, porque se producen hechos de infección puerperal, o dificultades en la expulsión, la medicina moderna, olvidada de los viejos aforismos hipocráticos —(dejad obrar a la naturaleza); de las sentencias aristotélicas (la naturaleza hace lo que hace lo mejor posible)— inventó el examen de las pacientes, los lavajes antisépticos, las intervenciones con forceps, las prisiones, no eran otra cosa, no lo son todavía, de las salas de maternidad que han provocado dolores morales inenarrables y casos de muerte tan numerosos, que hasta llegaron a ocultarse en los misterios de las estadísticas hospitalarias —reivindico para un sabio profesor olvidado por los torvos silencios de la medicina industrializada, para el Dr. Juan B. González, egresado de esta Universidad, la prioridad de haber establecido en la Cosmópolis de la superficialidad y de la farsa, la primera **maternidad abierta,** donde las enfermas no son examinadas, donde no se practican lavajes, ni preventivos, ni curativos. El Dr. González en su servicio del Hospital Alvarez, no tiene casos de infección puerperal, ni se registran decesos causados por esa terrible enfermedad, cuando en la asistencia de las puérperas se ha seguido su sencillo sistema. El hecho natural sobre el que tan modesto como eminente médico ha fundamentado su conducta clínica es el que acabo de indicarles: que en un millón de partos se produce uno anormal. El Dr. González, reflexionando sobre esa comprobación, ha podido alejar de sus salas a la industria médica, con sus desinfectantes homicidas, con sus antisépticos nocivos dejando con toda inteligencia que se cumpla naturalmente la sagrada tarea de la especie, tutelada, dirigida por las fuerzas **afísicas,** que velan por la inmortalidad de la misma.

He expresado lo que acaban de oírme en los ambientes universitarios y con la misma claridad en el seno de las masas populares, a las que deseo llevar un poco más de luz, que la que puede aportarles la deficiente instrucción primaria, la escuela elemental sin Cristo que tanto mal les hace; por eso me agrada hablar del resultado de mis fatigosas lecturas, en ambientes en los que la humildad, la sabiduría, la inquietud intelectual y moral, aparecen aunque sea fugazmente, conjuncionadas. He arrojado mis afirmaciones a la discusión en folletos, en publicaciones periódicas, desde las tribunas parlamentarias, desde las eminencias de las cátedras universitarias de Buenos Aires, de Santa Fe, de Rosario, en publicaciones científicas del país y del extranjero, y como hasta ahora no se ha levantado una sola voz responsable para rectificarme, debo creer que voy por el camino de la verdad. Alumnos de mi cátedra han demostrado en Congresos de Anatomía, ante oyentes sorprendidos, que esta rama de la ciencia médica, la más exacta de las que constituyen la medicina moderna, era conocida por la antigüedad médica, mejor en muchos aspectos que en el presente, porque los nombres dados a los órganos, a los músculos, a los huesos, llevan en la palabra que los designa, y que ahora repetimos de memoria, las ideas de forma, de aspecto exterior, de función, aprisionadas en unas cuantas sílabas de las lenguas madres! He sostenido ante los ambientes intelectuales de mi país, de América y algunos centros universitarios de Europa, que los antiguos habían obtenido ese conocimiento, como tantos otros, sin recurrir a la experimentación sobre cadáveres humanos. De tal afirmación he deducido la evidencia que de ella fluye: que la ciencia actual ha perdido un procedimiento precioso para llegar al conocimiento de la verdad, cuyo secreto creo haber descubierto en párrafos olvidados o despreciados por el orgullo científico moderno; este procedimiento nos lo enseñan los fenómenos de **videncia** y de **intuición,** que en este momento reconoce como reales la alta ciencia contemporánea. Esos fenómenos los perciben también nuestros insuficientes sentidos, cuando sobre las partes dormidas e inoperantes de los aparatos sensoriales, sobre los que los medios físicos obran tomando limitadísima porciones, actúan las vibraciones **psíquicas** infinitamente más poderosas que las de las fuerzas electromagnéticas gravíticas, y que las meramente biológicas. Quien tenga la paciencia de seguir los estudios que vamos a emprender, conocerá el esfuerzo realizado por la física matemática, para

explicar los fenómenos a que acabo de referirme. Por la **videncia,** que es algo así, como los rayos roentgen del espíritu, especialmente poderosa en ciertos sujetos hipnotizados o en los misteriosos estados del sueño, los antiguos han podido llegar al conocimiento perfecto de la verdad. Para demostrar esta sensacional aseveración, diré a ustedes que he encontrado en Galeno, en el Capítulo XII del libro "Utilidad de las partes del cuerpo" al formular la teoría de la visión, que ha aceptado y repetido la fisiología moderna, los tres pasajes siguientes que aquí transcribo, para evitarme igual trabajo, con la cita a la que después de ésta me referiré. Dice Galeno, textualmente: "Habiendo sido acusado en sueños de no haber dado las más completas explicaciones sobre el órgano más divino, lo que es en mí una impiedad hacia el Creador, he resuelto dejar para el final ese trabajo, para destacar su previsión respecto de los seres vivos al concederles un aparato tan perfecto, etc...". En seguida analiza el chiasma de los nervios ópticos y dice textualmente: "Yo diré, obedeciendo a las órdenes de la divinidad (recibidas en sueños) cuál es la ventaja de esta disposición y qué utilidad procura a los órganos de la visión, etc.". Termina el admirable capítulo con estas palabras: "Lo que yo acabo de decir, no lo he escrito espontáneamente, sino que lo he dicho por la orden de un ángel. A la Divinidad corresponde juzgar, si tratando este sujeto he guardado una medida conveniente". Quien haya leído a Galeno, queda perplejo ante la verdad de sus explicaciones anatómicas, puesto que la ciencia moderna con el auxilio de todos los instrumentos de que dispone, no ha superado desde ningún punto de vista, la exposición de Galeno. Iguales manifestaciones he encontrado en el capítulo que trata de la sexualidad humana. Allí da la descripción de los íntimos tejidos, para lo que se requiere el auxilio del **microscopio** moderno. El no lo tenía, pero nos dice también, que un ángel, le reveló en sueños "esa admirable anatomía". Por estas pocas citas, a las que podría agregar muchas en cualquier rama de la ciencia, he podido decirles, que no es la experimentación únicamente, la que nos permite llegar al conocimiento de la verdad. Siempre me ha perseguido el relato de Képler respecto al descubrimiento de su segunda ley. Dice Képler, **que en una especie de ensueño,** en el que había caído después de largos esfuerzos destinados a comprobar los resultados de 17 años de observaciones de Ticho Brahe se definió en su espíritu la fórmula y el enunciado de la segunda ley (L2T3) que rige la marcha de los planetas. No olviden señores que en la simplicidad de esas letras, que traducen un misterio develado en el **segundo de un sueño,** quedó aprisionado uno de los secretos de los orbes, que desde entonces, dice Bailly, marcharon bajo sus órdenes! El estudio de los sabios antiguos, Hipócrates, Aristóteles, Platón, Pitágoras, Demócrito, Thales, al que uniremos las investigaciones de la ciencia moderna en las que encontramos inesperadas coincidencias, nos irá permitiendo avanzar más adentro de la inmensa frontera casi inexplorada, en la que se confunden lo físico, lo gravítico, lo biológico, lo psíquico; la que han cruzado ya algunos genios matemáticos privilegiados, tras los cuales van nuestros corazones anhelantes, guiados por un presentimiento que nos dice, que más allá de ella, encontraremos no sólo los caminos que conducen a Dios, sino también la enorme síntesis científica, que traerá para los hombres divididos, la unidad en la fe, la certidumbre de su inmortalidad futura, la dignificación de la vida individual, en el seno de las sociedades fraternales y solidarias, surgidas al fin de las especulaciones de la ciencia pura, ajena a toda combinación particular y práctica! Aristóteles ocupa en el campo de la ciencia positiva, así fué denominada la Historia Natural por el positivismo Comtiano, el mismo lugar que ya hemos asignado a Hipócrates en la ciencia médica. De esto, la mayoría de los conferencistas y de los escritores de estos tiempos, no tienen casi noticias, porque los vulgarizadores de sus doctrinas filosóficas, se han ocupado poco de su obra de naturalista, porque la carencia de ejemplares de las mismas sólo ha permitido un conocimiento superficial, al través de referencias muy sumarias, pasadas de mano en mano. Nosotros poseemos los elementos auténticos para estudiarlo, primero como naturalista y biólogo, y luego como filósofo. Es la manera de comprenderlo. Los

seis tomos de Historia Natural que escribiera y que felizmente poseemos, están penetrados de conceptos profundos de todas las ciencias generales, cuyos enigmas hasta ayer para sus comentadores e intérpretes, va aclarando la física moderna en su rama más delicada: **la radio-actividad.**

Urgido en esta exposición por las circunstancias y por el tiempo, debo adelantarles en forma dogmática que probaré después, que así como a Hipócrates ni lo iguala ni lo aventaja ningún médico, a Aristóteles, tampoco lo supera ninguno de los grandes naturalistas a cuyos nombres están acostumbrados vuestros oídos: Demostraré con los textos a la vista, algo que será sorpresivo para la generalidad: que Buffon, que Cuvier, Agassiz, Linneo, Rondelet, Bon, Darwin, Lamarck, lo han copiado, que algunos aparecen complementándolo en detalles erróneos de copistas, ya que entre los grandes naturalistas, por propia confesión se reconoce la inexplicable superioridad del autor griego. He realizado este trabajo, lo repito, con los textos a la vista. El texto griego tomado de la edición de 1831 de la Academia de Berlín, especie de Biblia Aristotélica de los 70; siguiéndole, casi palabra por palabra, con la famosa edición francesa de Bárthelemy Saint-Hilaire, con notas permanentes, terminada en 1879. Para confrontar, tenemos las mejores ediciones de los naturalistas modernos, desde 1500 hasta el presente, siempre a la mano. Así he estudiado con mis alumnos a Hipócrates, a Rufus de Efeso, a Galeno, a Celso, a Oribasso, a Alejandro de Tralles, a Paulo de Egina, a Areteo de Cappadocia. Estudiando de esta manera al gran filósofo, he comprendido que al través de Alberto el Grande, Aristóteles ha permitido a Santo Thomás, fundar sobre realidades científicas inconmovibles, su inmortal teología católica. Sirviendo a los designios de Dios sobre los destinos del hombre, la aparición de Aristóteles es providencial por ese motivo; la profundidad científica de su obra es tanta, que toca en los confines de la verdad absoluta y nos aproxima al conocimiento del inmenso misterio de la divinidad de la Creación. Digo esto, señores, porque la obra científica de Aristóteles, sobre la cual planea majestuosamente su filosofía primera, ha permitido a la religión cristiana, invocar las verdades demostradas por la profunda ciencia de nuestros días, para apoyar sus dogmas, para diferenciarse del platonismo, afirmando no sólo en la fe sino también en la ciencia, el dogma de la inmortalidad del alma y de la conciencia individual. Con motivo de tales estudios, señalaré finalmente que de todos los horizontes de la ciencia moderna, iluminados por los estudios clásicos a cuyos resplandores penetramos en el secreto del divino origen de la ciencia revelada al hombre, nos llegan torrentes de luz, para reavivar la llama vacilante de la fe cristiana, azotada por las tempestades demoníacas que se han desencadenado sobre el mundo. El programa es enorme, mis fuerzas son pocas, pero la Providencia estimulando mi esfuerzo de tantos años, ha puesto en mi camino colaboradores inesperados. He aguardado veinte años, a una inteligencia que me ayudara a comprender la vastedad de la síntesis científica de Charles Henry, porque encontraba en lo que podía alcanzar de ella, rastros del saber aristotélico, de los que se habrían derivado en la profunda inteligencia de Charles Henry, muchas de las luminosas intuiciones de la que está impregnada su física matemática del viviente, sus estudios sobre la radiación y la vida, su círculo cromático, sus estudios sobre el cosmos, su enlace de la psicología, de la biología y de la física, y de la metafísica aristotélica. Esa inteligencia se ha puesto a mi servicio noblemente y con ayuda de ella he entrevisto el luminoso y extraño mundo de las formas matemáticas antes completamente cerrado para mí. El profesor Levy es mi guía en ese mundo poblado de verdades y de esperanzas. Su capacidad matemática es semejante a la de Einstein y a la del propio Henry. Nuestras dos vidas están separadas por hondos abismos de raza, tal vez de conceptos de la vida, pero no ha sido una de mis menores satisfacciones, motivo de íntima reflexión, el sentirme a su lado tranquilo, sin un pliegue de desconfianza, movido a infinita piedad por la persecusión de su raza, cuando acusado por la ignorancia, se pretende ver en mi acción para restaurar la dignidad de mi pueblo, al amparo de una sombra criolla inmensa y calumniada, propósitos de cesarismo, de agresiones y de odios, que fueron completamen-

te ajenos a la contextura espiritual de quienes nos sentimos y somos racialmente argentinos!

Dije que me referiría a Aristóteles considerándolo como hombre. A este objeto, debo recurrir a Diógenes Laertio, porque en su obra sobre los filósofos ilustres de la antiguedad, donde se encuentra íntegro el testamento del filósofo (El conferenciante lee aquí el testamento de Aristóteles y lo comenta con estas palabras: Como ustedes ven al través de esta lectura, en este documento se exhiben algunos íntimos aspectos de su alma, por los que vemos que ella no era menos grande que su inteligencia). Pero para darles una idea de la manera como dicto mis clases en la Universidad del Litoral, me referiré por un momento a Diógenes Laertio, como lo hago siempre en el curso de mis exposiciones cuando cito un autor, nombro una ciudad o un país. Así va ensanchándose el conocimiento de la antigüedad histórica, geográfica y social, entre los alumnos. Un mapa mural antiguo, sirve de elemento para estas frecuentes disquisiciones. Diógenes Laertio, es un escritor griego, residente en Roma, en el siglo II de la Era Cristiana. Carga el apellido Laertes porque su padre, era natural de Laertes, ciudad de Silicia en el Asia Menor. Laertes, según Strabon, (Historiador y geógrafo del siglo III) significaba en la lengua de su tiempo, **Castillo o fortaleza sobre una colina**. Fougeroles, traductor contemporáneo, pretende que Diógenes Laertio, era natural de Nicea, patria del filósofo Apolonides (aquí una ligera reseña de esta célebre ciudad de la Bitinia). La prueba en que Fougeroles, basa su afirmación la doy a ustedes para que se aperciban, lo repito, no sólo de nuestro método de enseñanza sino también para mostrar el cuidado que los hombres de estudio ponen en el análisis de las obras clásicas. Cumplo así con lo que prometí en mi carta al profesor Albarenque. Escribe Diógenes Laertio, al principio de la biografía de Timon, último capítulo del libro IX, hablando de Apollonides de Nicea, estas palabras que transcribo en griego: Apolonides el Niceo. Su última frase o par emón, significa "nuestro compatriota, nuestro paisano". De ella deduce Fougeroles, que Nicea es la cuna de Diógenes Laertio.

En la obra de Diógenes encontramos citados a Plutarco, Favorino, Epicteto, Sexto Empírico, Saturnino Cistenas, escritores todos del siglo I y principios del siglo II de la Era Cristiana. No puede dudarse que Diógenes, escribió a fines del siglo II bajo Septimio Severo. Un escritor del siglo IV de la Era Cristiana, Sopatro, trae en sus tratados de Historia, muchos datos tomados de Diógenes Laertio.

Cómo llegaron hasta nosotros los escritos de Aristóteles? Debo detenerme en este punto porque es tan enorme la masa de hechos consignados en ellos, tan profundas las verdades que contienen, que conviene destacar su autenticidad indiscutible, máxime cuando estudiándolos nos encontramos, con las verdades demostradas por la ciencia actual, en sus manifestaciones más adelantadas y recientes. Tal como ocurre con los manuscritos Hipocráticos que han llegado hasta nosotros ordenados por los sabios alejandrinos, ciento cincuenta años después de la muerte del autor, y cuya antigüedad es de 2300 años; los de Aristóteles nos son conocidos como los leemos hoy a través de cualquiera de sus buenas ediciones, desde los tiempos de Sila, es decir, desde 80 años antes de Cristo. Leo aquí el pasaje de Strabon, consignado en el libro XIII de su Historia, en el que están referidas las vicisitudes que corrieron esas obras, desde que fueron ocultadas por la familia de Neleo, poco tiempo después de la muerte del filósofo, (322 antes de Cristo), hasta su descubrimiento en la ciudad de Sepsis y su adquisición por Apellicon de Theos, unos cien años antes de Cristo. Comparando las fechas, vemos que ese ocultamiento duró casi dos siglos. Este hecho nos revela la causa de muchos errores doctrinarios de los aristotélicos posteriores, que ya no pudieron leerlos, después de la muerte del maestro. Una vez encontradas las obras corresponde recordar a los primeros comentadores y ordenadores. Sabemos ya que Syla a su paso por Atenas para dirigirse a Roma a disputar a Mario el gobierno de la República, exigió de Apellicon de Theos, la entrega de los manuscritos de Aristóteles, que éste había adquirido de la familia de Neleo,

emparentada como hemos visto en el testamento con Aristóteles. Apellicon de Theos es el primer compilador de las obras de Aristóteles, y su primer publicista. Es fama que no fué muy prolijo en la restauración de palabras y de frases, alteradas por el tiempo en los originales. De Apellicon de Theos se sabe que era hombre muy rico, pero se ignora su capacidad. Syla entregó los manuscritos en Rhodas a Andrónico, de **Rhodas, filósofo y retórico Aristotélico,** y en Roma, al gramático **Tyranio,** liberto de Cicerón o de Atico. El trabajo de exégesis y de ordenación de las obras realizado por Tyranión, lo conocemos a travéo de la correspondencia de Cicerón y Atico. Según las expresiones de sus cartas, ambos lo califican como muy sabio y completo. Cicerón instaló a Tyranión en la biblioteca de una de sus casas de campo, para que realizara su tarea con escrupulosidad y cómodo. (Ver carta a Atico). En las obras filosóficas de Cicerón, se ve con claridad, que el gran orador era lector asiduo de Aristóteles. En el libro sobre la Naturaleza de los dioses, observo que ha debido conocer la historia natural de Aristóteles. En cuanto a Andrónico de Rhodas el propio Cicerón refiere sus viajes periódicos a la isla, para recibir lecciones del Retórico, y que asistió en la casa de Andrónico al ordenamiento y publicación de las obras de Aristóteles. A él, a Andrónico pertenece el **Indice,** que Vds. pueden ver en esta edición de la Academia de Berlín. (1831). Plutarco y Porfirio, dos siglos después de Andrónico, se refieren a este Indice, al que utilizaron en sus estudios. Las copias así ordenadas, se difundieron por todo el orbe intelectual Greco-romano. Desde Andrónico de Rhodas hasta el más completo de los comentadores de Aristóteles que es Alejandro de Afrodisia (Afrodisia, ciudad de la Caria, en la conjunción del Corsino con el Timelas, hoy aldea de Geira. Las excavaciones de 1903 á 1934, pusieron a luz el grandioso templo de Afrodisia) corren casi tres siglos, de modo que con este escritor pisamos la primera mitad del siglo III de nuestra era. El texto dado por Alejandro de Afrodisia es sagrado para los discípulos de Aristóteles.

En el siglo VI de nuestra era, Asclepios de Tralles, comentó especialmenmente la metafísica. Desde entonces el texto Aristotélico, no ha sufrido variación ninguna. La Edad Media, ha restituído a su más cercana originalidad la obra científica y filosófica de uno de los sabios más extraordinarios del mundo. Si no fuera más que por este esfuerzo, la Edad Media debió ser respetada en su actividad espiritual por el orgullo moderno, que llama oscurantista a uno de los períodos más profundos en pensamiento, en fe y en arte, de la historia. Sobre las ediciones sucesivas de las obras Aristotélicas, Alberto el Grande, en el siglo XII, realizará su iniciación en las ciencias naturales y en las otras ramas de la ciencia positiva, para poder, transmitir a su discípulo Santo Thomas de Aquino, los conocimientos indispensables para que sobre ellos, éste elevara el monumento de la Suma Theolgica. Al través de la línea recta que une esas tres cumbres del pensaminto humano. Aristóteles — Alberto el Grande — Santo Thomas de Aquino — se perciben las huellas evidentes de la Providencia que conducen hasta la inmensa síntesis de la Suma, en donde la ciencia positiva sirve a la fe, a la theología, a la Filosofía, para levantar ese monumento de la capacidad humana inigualado e imperecedero. Hoy podemos mirar esta obra a la luz de la ciencia ultramoderna, y al encontrarnos que en ella se anuncian los hechos comprobados en el presente, llegamos a la convicción de que la religión católica, por su origen divino, posee, como es natural que así fuera, la mayor suma de verdades científicas, sobre las que se asientan sus dogmas. Con la base de los estudios de la ciencia clásica, es la alta ciencia moderna, la que de hoy en adelante, aportará a la fe, los nuevos elementos de convicción que han de afianzarla en nuestros corazones y en nuestra razón. En esa tarea me encuentran los años viejos de mi vida.

——oOo——

Aristóteles escribió seis obras sobre el reino animal cuyos títulos son: "Historia de los animales" (2 vol.). De las partes y del movimiento de los animales (2 v.) y sobre "La generación de los animales" (2 v.) (Se exhiben los

seis volúmenes de la traducción de Barthelemy Saint-Hilaire y el gran volumen en griego que los contiene en la edición de la Academia de Berlín (1831). El tratado sobre el reino vegetal, fué escrito por Aristóteles, en colaboración con Teofrasto, y ha llegado felizmente completo hasta nosotros a través de Dioscórides — (Se exhibe la edición Latina de Dioscórides y la traducción castellana de Laguna de 1579). Afirmo que esta obra tampoco ha sido superada (la de Teofrasto) por la ciencia moderna, sino es por la agregación de algunas nuevas especies después del descubrimiento de América.

——oOo——

La primer proposición general que formula Aristóteles para el estudio del reino animal, es que deben estudiarse primero las **funciones** y los órganos por medio de las cuales éstas se cumplen. Esta regla impera en los trabajos de Galeno, Mundino, Vesalio, Fallopio, Eustachi, Ambrosio Pareo, Harvey, Haller, Cuvier, Johan Müller, Henry Milne Edwards.

El fundamento para este método de estudio, lo indica Aristóteles, diciendo que las **funciones** son restringidas, mientras que las especies son casi innumerables. El ha estudiado solo más de 500 especies (1) La clasificación Aristotélica de las funciones es la misma que encontramos en Cuvier (Exhibe aquí un tomo de cada una de las grandes obras de este autor y entre ellos el que corresponde a la "Anatomía comparada" que contiene la clasificación de las funciones. Las obras completas sobrepasan los 100 tomos, en lujosas y completas ediciones). Al través de 2300 años de tiempo, en el ejemplo de esta coincidencia que se repetirá continuamente, observamos la identidad del espíritu humano, lo cual nos sirve de prueba irrefutable de su divino origen y de su inmortalidad. El Positivismo científico, Comtiano, Spenceriano, Darwinista, ha pretendido lo contrario, estableciendo una clasificación ridícula del espíritu del hombre, según la cual éste fué **teológico** en los primeros días; metafísico, durante la Edad Media y positivo desde el Renacimiento hasta el presente. Cuál ha sido un genio más positivo me pregunto, que el de Aristóteles? No es acaso él, el primer sabio que aplica al estudio de la Naturaleza física, la observación escrupulosa de los hechos, para descubrir las leyes a que están sometidos? En vano será que los modernos repetidores de reptidores, atribuyan a Bacón, copista desenfadado de Aristóteles esta prioridad, que encontrará quien se tome la tarea de leer aunque sea ligeramente los tratados Aristotélicos. Si quisiéramos encontrar el antecesor del método, tendríamos que llegar a Hipócrates, quien refiriéndose al estudio de la fisiología y de la Patología humanas, manifiesta que **siguiendo el método de la observación de la realidad física la medicina** alcanzará en el **futuro desarrollos y descubrimientos inmensos**.

(1) **Buffon y Cuvier estudiaron solo 400 especies.**

Otra regla de estudio tan fundamental como ésta, quizás más profunda todavía por los problemas que implica su enunciado, es aplicada por Aristóteles al estudio del reino animal, cuando establece que **deben considerarse los seres en su esencia, en su organización y no en la materia de que están formados.** Cuvier repetirá este profundo concepto, diciendo: "que la forma del cuerpo viviente es más esencial que su materia" (Ver "Reino Animal", tomo I, pág. 11, edición de 1829). Siguiendo esa proposición ofrece la división del reino animal en cuatro tipos según su organización íntima y al no considerar sus elementos materiales, coloca a los **crustáceos** en la rama de los moluscos (todas estas palabras: **crustáceos, moluscos, insectos,** etc. son aristotélicas). A estas sabias directivas para la observación es necesario agregar otros principios que la complementan, que impregnan de racionalidad toda la obra aristotélica y sobre los que la ciencia moderna trabaja en estos momentos con honda y desinteresada pasión para demostrarlos. Ellos son los siguientes: **No existe el azar en la Naturaleza; la Naturaleza no hace nada en vano.**

No puedo dejar de señalar aquí, las expresiones a que ha llevado especialmente a la cirugía moderna, el olvido de este principio de profunda moralidad científica. Muchos de Vds. lo saben: ese olvido ha llevado a la extirpación del **apéndice** sin lesión, como operación preventiva; a la extirpación de las **amígdalas**, del tejido linfoideo del faring, de los dientes, de los ovarios, a la resección de

grandes porciones del intestino grueso, por considerar que este órgano, esencial para la digestión, no sirve para ella. Toco en este momento un terreno sembrado de brutalidad, en el cual ha cosechado amplios beneficios materiales la ciencia industrializada y criminal, del que deseo salir de inmediato, para no caer en demasías de lenguaje, que me arrancaría la indignación. Y prosigo. Aquellos principios conducen a una ley general, negada por la filosofía materialista del siglo XVIII, pero inconmovible en estos momentos porque las matemáticas la han demostrado lo mismo para la naturaleza física que para la naturaleza viviente, me refiero a la finalidad de la Creación — a cuya imperturbable y eterna acción, concurren, la **ley del rendimiento máximo** y la **auto regulación**. Las leyes matemáticas del viviente como la leyes matemáticas del mundo material, se compenetran y rigen en su esfera de acción, aquellas, los equilibrios biológicos, como éstas, mantienen los astros sobre el camino de sus curvas eternas. Solamente cuando leemos en los textos auténticos las exposiciones del pensamiento de Aristóteles, nos apercibimos que la ciencia de todos los tiempos ha bebido en esa fuente el conocimiento prístino, para comprender la verdad que contiene y abrazarla o para intentar su refutación. En las obras de Alberto el Grande (1190), por ejemplo, los seis tratados de Aristóteles que he mencionado y que se refieren al reino animal, aparecen bajo el título "De Animalibus". El escribió una obra propia que tituló "De Natura Avium", planeada sobre observaciones de Aristóteles. En 1326, aparece Mundinus, de Bolonia, con su libro "De Omnibus humani corpori interioribus membres anathomía", en el que se describen 529 músculos y 248 huesos. Esta obra sirvió de texto en las universidades hasta el 1500. Por su método, por su texto, es Hipocrática, Aristotélica y Alejandrina. El autor se cuida, como tantos otros posteriores a él, de revelar el origen de sus conocimientos. En su obra estudiaron: Zerbi, Achilini, Berenger de Carpi, Sylvio, Vesalio, Ambrosio Pareo, Fabricio de Aquapendente, Harvey, Servet y Cisalpino. Muchos de estos son médicos de reyes: Ambrosio Pareo, de Carlos IX, Enrique II y Enrique III. Harvey, de Jacobo 1º y de Carlos I de Inglaterra, Vesalio, del Duque de Toscana, de Felipe II y de Carlos V. Respecto de Vesalio, creo que los centros médicos van a realizar dentro de poco un homenaje. Si me fuera posible, yo me opondría, porque este hombre materialista e impío, sin beneficio para la ciencia, realizó vivisecciones humanas en condenados a muerte que le proporcionaba su gran amigo el duque de Toscana. Igual monstruosidad realizaron sin conseguir otra cosa que oscurecer la anatomía de la alta antigüedad, los médicos y anatómicos alejandrinos, provistos de material humano viviente por los Ptolomeos. Contra ellos se levantó como el eco de la eterna moral humana, la voz de Rufus de Efeso en las admirables lecciones que conocemos a través de las traducciones realizadas en la Cátedra de las doctrinas médicas de la Facultad de Rosario. Respecto de Vesalio, el tribunal de la Inquisición, frente a Felipe II, le inició juicio de muerte por hereje e impío, lo que provocó su huida de España, encubierta por el propio rey. Sin embargo el liberalismo trasnochado, dirá que el alto tribunal procedía contra el sabio por espíritu oscurantista. En la obra anatómica de Thomas Willis de Oxford (1622), estudia Descartes, y por eso encontramos en sus escritos filosóficos, muchos puntos de contacto con el pensamiento Aristotélico, en lo que se refiere a sus conocimientos sobre la anatomía del cerebro. (Recordar aquí su pensamiento respecto de la glándula Pineal, como centro del alma vegetativa, en el que se percibe una afirmación de Aristóteles, mal comprendido por Descartes). En el siglo XVIII, se desarrollan los estudios sobre Historia Natural y con ese motivo, los tratados de Aristóteles, son consultados de nuevo; copiados muchas veces. Linneo comete la falta de probidad intelectual de no citar ni una vez el nombre del Filósofo. Buffon, (1707 - 1788) es en este sentido más sincero. Confiesa las fuentes de sus ideas y en sus trabajos sigue el plan, paso a paso, del naturalista griego. Trabaja en el jardín del rey (Montbart) solo, como un semidiós en una vieja torre, escribe la Historia de la Naturaleza). Lo rodean Daubauton y Mertroux, legiones de ayudantes ordenan las enormes colecciones de animales y plantas que le llegan de todo el mundo. Lo halagan monarcas, sabios, artistas y pueblos. A la entrada del

jardín del rey, se alza su estatua en vida. En los galpones, en las salas de disección, ayudantes tan expertos como él, realizan disecciones a millares. En los bosques artificiales que pueblan el jardín, en los lagos, en las grutas, en las corrientes de agua, animales de los diversos climas son observados en todos los momentos de su vida por ojos expertos. Pues bien, con tales elementos a su disposición, el naturalista francés, no supera el cúmulo de observaciones del naturalista griego. Buffon estudia 400 especies. Aristóteles 500. Buffon tiene la nobleza de declararse discípulo de Aristóteles. Lo pueden comprobar los estudiosos en muchos de los pasajes de esta obra. (El conferencista exhibe algunos tomos de la famosa edición de las obras de Buffon, hecha en París por la casa F. D. Pillot, en 1829). Haller, el sabio naturalista y poeta, en 1756, llama la atención del mundo sabio con su obra "De partium corporis humani fabrica et funcionibus". Yo me he encontrado que ese trabajo, no es otra cosa que la Historia Natural de Aristóteles, cubierta con las galas de un estilo brillante; cruzado a veces por relámpagos de pensamientos geniales. Vicq D' Azir, (1748 - 1794), el heredero de Buffon en el sillón de la Academia de Ciencias, en el tomo IV, página 2, de la edición que posee la Biblioteca de Medicina Clásica, manifiesta que reconoce en Aristóteles, al maestro de los maestros y que sigue las huellas de su pensamiento demostrando la realidad de la ley de finalidad en el **plan de la** creación orgánica. En el siglo XIX, surge una rama de la Historia Natural sobre cuyas conclusiones, fundaron sus apasionados cultores, grandes esperanzas en el sentido de hacerla servir para la difusión de las ideas materialistas que empezaban a infiltrarse en la ciencia; me refiero a la Anatomía Comparada. Basta seguir como estamos haciéndolo en la Universidad del Litoral, la lectura de los tomos sobre el Reino Animal de Aristóteles, para darnos cuenta, de que todos ellos, no contienen otra cosa, que comparaciones entre órganos y funciones de esos órganos, y que por lo tanto la Anatomía y la Fisiología Comparadas, han salido armadas de todas las armas, del cerebro del filósofo griego. El más eminente de los cultores de esa rama de las ciencias naturales, Cuvier, es el primero en reconocerlo.

Cuvier es un ejemplar de sabio de positivo valor científico. Su nombre se liga entre nosotros a la reconstrucción del esqueleto del Megaterium, por medio de un hueso del fósil. Esto nos maravillaba cuando nos lo contaban en las clases secundarias nuestros profesores de Zoología y Geología. Hoy sabemos que Cuvier aplicaba al estudio de los esqueletos fósiles, un **cánon**, como el que utilizaban los artistas antíguos para sus estatuas, para la proporción de sus monumentos arquitectónicos; cánon ligado a la anatomía matemática del esqueleto del viviente, que los artistas antíguos conocían profundamente. Por un pasaje de Galeno conocemos el cánon de Praxiteles. A la edad de 30 años Cuvier, publicaba, en 1800-1805, su clásica obra sobre Anatomía Comparada. Confrontada con los tratados de Aristóteles, nosotros hacemos esta comparación a diario, en homenaje al pasado para demostrar lo mucho que a él le debe la ciencia moderna. Cito aquí algunos ejemplos —Aristóteles dice, que las funciones de la economía animal son de tres órdenes: **la sensibilidad; la locomoción; la reproducción;** las dos primeras hacen de los animales lo que son, diferenciándolos de la planta inmóvil e insensible. La tercera función los perpetúa por la reproducción que es también causa de la inmortalidad de las especies.

El órgano general de la facultad de sentir es la substancia medular; el órgano general del movimiento es la fibra muscular, la que se contrae para la locomoción, bajo el imperio de la voluntad, que obra por intermedio del nervio. El tacto **es el sentido común a todos los animales**; los demás son modificaciones de éste. Podría continuar indefinidamente estas citas; para mi objeto basta que ahora lea lo que a los 2400 años de aquellas palabras, dice el primer naturalista de los tiempos modernos: "Es por medio de la facultad de sentir y de contraerse para el movimiento, que los animales sufren y satisfacen sus necesidades. La más irresistible es la sensación del hambre, que recuerda al animal, que debe proveerse de nuevas materias para su nutrición. La nutrición es la más compli-

cada, de todas las funciones, porque pone a contribución mayor número de órganos, para la secreción y la combinación de los fluídos, por medio de los cuales se realiza la digestión. En estas combinaciones, en la regularidad de la secreción de los líquidos, está todo el secreto de la admirable función, que en último término, concluye en la generación destinada a transmitir la vida del **individuo a un ser semejante a él**. Además de estas ideas generales tomadas al filósofo griego, cuando Cuvier se encara con el difícil problema de la clasificación de los seres, lo hace tomando por base la proposición Aristotélica: La clasificación de los seres animales debe hacerse únicamente sobre su organización. Este principio es el que tomaron Linneo, el sabio de **Upsal**, para la clasificación de las plantas, aunque no cita a Aristóteles en ninguna parte de su obra. Cuvier clasifica los seres animales, tomando como base la clasificación Aristotélica, de la que usa hasta las mismas palabras: **vertebrados; moluscos; insectos; zoofitos**. Los cuatro términos, las cuatro palabras de admirable significado sintético, pertenecen al lenguaje científico de Aristóteles. Están aquí en el primer tomo de esta edición de Berlín. (Exhibe el ejemplar). Nuestras incursiones en el campo de la lingüística, nos permiten, dar en lenguaje común, su significado. Cuando decimos **vertebrados**, nos referimos a los animales cuyo aparato óseo, se desarrolla en relación con una cadena central de huesos que forman el eje del cuerpo; la palabra **moluscos**, equivale a animales de cuerpo blando; **insectos** a animales de cuerpo segmentado; y **zoofitos**, a animales semejantes a las plantas. Cuando los sistemas de clasificación del reino animal han pretendido apartarse de estos principios no han podido mantenerse dentro de la ciencia. La clasificación que quiso hacerse basada en la supuesta escala de los seres, que lleva en sí, la errónea idea de la variabilidad de las especies y de la transformación de unas en otras, ha sido totalmente arrojada de la ciencia, por ser repugnante a la realidad, que nos demuestra la inmutabilidad de las mismas. Combaten esa idea, Aristóteles, Cuvier, Buffon, Agassiz, Wronsky, Alberto el Grande, Santo Tomás, etc. He aquí las palabras de Cuvier "los animales parecen estar formados sobre un plan común, pero desde el momento que pasamos a las combinaciones de los órganos diferentes, no hay semejanza en nada". Muchos otros sabios han llenado el mundo con sus doctrinas y con sus nombres, desde 1830, hasta nuestros días; pero quiero referirme a dos de ellos, porque sus teorías han servido para ratificar hasta el presente, las ideas aritotélicas. Me refiero a Agassiz y a Claudio Bernard. El primero suizo, nacido en Morat, en 1807, ha pasado casi toda su vida científica en Estados Unidos, donde escribió su obra máxima "Historia Natural de los Estados Unidos". Esta obra monumental está impregnada de Aristotelismo. El autor sostiene en ella, **la finalidad**, como ley suprema de la creación; y concibe a Dios, como creador, del universo y de la vida. Refiriéndose a los sistemas de clasificación de los seres, he aquí sus palabras, en las que claramente se encuentra evidenciado el pensamiento Aristotélico: "Cuando creemos inventar sistemas científicos, cuando creemos clasificar la creación por la sola fuerza de nuestra razón, no hacemos sino seguir y reproducir con expresiones a veces imperfectas, el plan cuyos fundamentos fueron establecidos y **comunicados** al hombre desde el origen de las cosas: las especies, las clases, los géneros, son esencialmente hechos naturales, no invenciones o convenciones del hombre, porque ellas representan el plan mismo de la creación". Otra extraña coincidencia debo señalar aquí: Charles Henry, en mi concepto el sabio más completo de nuestros tiempos, demuestra que son medidas naturales y fatales, el segundo de tiempo; el grado de temperatura; el gramo como unidad de peso. Si puedo ahora volveré sobre tan apasionante cuestión. Cuando Aristóteles proclama la ley de la finalidad en la creación, dice que toda relación inteligible e inteligente que podamos descubrir entre los fenómenos, es la prueba directa de un Dios que piensa. Toda la ciencia actual acepta esta premisa, con lo cual reciben un golpe de muerte las teorías desolantes que nos envían a buscar en las leyes ciegas de la materia, la explicación de las maravillas

de la vida y del espíritu. Aristóteles ha establecido que los seres organizados, no tienen relación genética con las fuerzas ciegas de la naturaleza, que los **tipos** de los seres organizados de una misma especie, permanecen sin ningún cambio esencial en cualquier zona que vivan: polar, templada, tropical, etc.; y añade que en la multiplicidad infinita de la vida, se percibe la sabiduría, la grandeza, la intervención omniciente del creador. En contra de la concepción Aristotélica de la creación recojo aquí las opiniones de Lamarck y de Darwin, desmentidas por el tiempo y por los hechos. Estos naturalistas sostienen que las especies son **variables**; que **pueden transformase unas en otras**; que la vida es el resultado de la conjunción de las fuerzas físicas, que esa conjunción casual y ciega, produjo el primer protoplasma, la primera célula, desde la cual la materia bruta por combinaciones siempre azarosas ha llegado hasta la luz de la inteligencia humana. Hay algo en estas afirmaciones que se encadena con la filosofía de Malebranche, aunque éste siquiera atribuye a Dios, la facultad de hacer pensar a la materia, a la materia bruta. Pero nada más falso que todo eso. La vida es una **fuerza afísica**, así designada por la lengua griega, es decir que no es una fuerza ciega; si lo fuera se la denominaría **física**, es decir ciega; obscura, material, sin luz. Me basta para demostrar la falsedad de las doctrinas transformistas y su erróneo concepto de la vida, referirme a los hechos presentes que estamos palpando. El microscopio **electrónico,** ha multiplicado la potencia del ultramicroscopio. Con él se obtienen aumentos de 100.000 veces la visibilidad normal. Con él se ven los bacilos, los microbios, en grandezas sorprendentes; con él se ven y se cuentan los elementos de la célula; con él se ven hasta los **virus** que atraviesan las murallas compactas de nuestros mejores filtros, pero con él no se **ha visto la vida**, no se verá jamás, porque ella es una **fuerza afísica,** que actúa en un plano distinto del plano físico, que anima a los elementos materiales, que los hace vivir y que cuando los vemos muertos, porque el microscopio electrónico nos permite verlos, comprendemos que la vida, el agente invisible de su actividad, ha huído de ellos. Los ignorantes diarios dijeron hace unos días que se había descubierto el agente patógeno de la parálisis infantil, con auxilio del microscopio electrónico. No es exacto; lo que se ha observado con este poderoso instrumento, es una cierta disposición particular en el tejido nervioso de la médula, cuando esta substancia, provoca en los casos de experimentación sobre animales, los síntomas de la terrible enfermedad. Digo esto para demostrar al pasar, el mal que produce la publicidad desenfrenada, sobre todo cuando ella se difunde por medio de la pasquinería sensacionalista. Junto a Lamarck y Darwin surgió una gran figura médica, cuyos trabajos, sirvieron para difundir el materialismo en la ciencia y el liberalismo infectado de socialismo. del régimen imperial. (Napoleón III). Me refiero a Claudio Bernard, discípulo de Magendie, hipocrático, y maestro de Paul Bert, su sucesor en la Cátedra, quien practicara el liberalismo político y religioso, desde el Ministerio de Instrucción Pública, que desempeñara bajo el gobierno de Gambetta en 1881. En el campo de la fisiología experimental, y de la fisiología general, Claudio Bernard reinó con autoridad casi absoluta desde 1850 hasta 1878, año de su muerte. He aquí el axioma biológico que pretendió demostrar en los primeros y más ruidosos trabajos en el Colegio de Francia: "La vida es una modalidad de las fuerzas generales de la naturaleza"; en otros términos aun más claros, lo anunció algunas veces diciendo: "La vida es una forma especial de las fuerzas físicas". Los escritores materialistas de aquellos tiempos, Marx, Engel, Spencer, Bakunin, repetían las proposiciones de Claudio Bernard, como artículos de fe, destinados a destruir con el peso de la evidencia experimental, toda idea de espiritualidad, toda idea de Dios, toda la ciencia filosófica, conceptos a los que se aplicaban entonces los despectivos términos de teologismo, de suprasensible. El propósito de la organización laica, de las sociedades humanas culminado en nuestros días con el comunismo ruso y con el totalitarismo nazi, apuntaba con desmedido orgullo. Cuando me lo permitieron mis medios, yo me dediqué al estudio de las obras de Bernard. Alguna colección de ellas había visto en mis años de estudiante en la Biblioteca de

esta Facultad (de Córdoba). Deben estar todavía y a su comprobación para quien quiera consultarlas, remito las afirmaciones que voy a formular. Del estudio afanoso de los trabajos de Claudio Bernard, recogí una profunda consolación para mi fe, derivada de las vacilaciones de aquel gran espíritu, que se nos aparece a traves del conjunto de sus lecciones evidentemente atormentado por la duda, de los que fueron confidentes, en el austero recinto de sus laboratorios, todos sus discípulos y ayudantes. No olvidéis señores, que a su lado se formaron entre otros, su sucesor en la Cátedra, Paul Bert, que extrema el izquierdismo del maestro y Charles Henry, que desde el obscuro fondo de una experimentación despiadada, al comprender que la vida escapa a la más cuidada investigación experimental, busca en horizontes más amplios y luminosos, la explicación del misterio de la creación, llegando al conocimiento de un Dios creador, extraño a su obra, por medio del conocimiento más completo de las leyes de la naturaleza! Decía que he recogido en las lecciones de Claudio Bernard, las pruebas de sus inmensas dudas. Recuerdo una lección sobre el cerebro: ha estudiado el cerebelo, ha estudiado el funcionamiento de las substancias que lo componen; hasta allí, es bien explicada la mecánica del viviente. Pero cuando llega a las regiones superiores del cerebro, cuando se detiene un momento ante las circunvoluciones de donde brota la misteriosa luz del pensamiento, exclama: "Yo no puedo negar ni callar, que en este salto de la animalidad instintiva que gobiernan el cerebelo y las circunvoluciones cerebrales, existe un abismo tan enorme, que solamente Dios puede conocer lo que él encierra". Cuando en otra de sus lecciones pretende de nuevo definir la vida, ya no afirma como en los primeros tiempos que es una modalidad especial de las fuerzas de la naturaleza, sino que por el contrario afirma algo diametralmente distinto: **Que los fenómenos biológicos no** se explican sino por la presencia de algo **absolutamente distinto de las fuerzas materiales**; luego agrega que la vida es la fuerza evolutiva del ser, pero aparte, acordada a ciertos seres, rehusada a otros, con sus leyes propias; fuerza que hallamos en los embriones menos completos, para llevarlos por grados a la forma definitiva que han de tomar. En otra lección se muestra admirador de las maravillas celulares, pero acepta, a diferencia de Virchow, una idea **preconcebida en la organización de la célula**. Siguiendo a Comte, a Spencer, renuncia al estudio de las ciencias del espíritu, sin negar su valor, para dedicarse por entero al estudio de las ciencias de la naturaleza. Los sabios positivistas del siglo XIX abandonaron el estudio de las ciencias del espíritu, las que procuran descubrir el origen del universo y su destino, en una lucha trágica del pensamiento humano y del misterio, declarando **incognocible** ese dominio. Quitaron vuelo al pensamiento, conformándose con descubrir el como de las cosas, pero no la causa de las mismas. Esta investigación a la que es atraído el hombre por un impulso de todo su ser, si a veces es su tormento, es también lo que habla más alto de su dignidad espiritual y lo que más completamente lo distingue de las mudas bestias, sometidas a una fatalidad inexorable que no pueden romper, que no podrán romper jamás, sino en mínima proporción. Aristóteles no retrocedió ante esas sombras. A ellas llegó con su inteligencia poderosa, nutrida por todos los hechos de la ciencia positiva, y nadie como él, se acercó al conocimiento de las causas primeras y de la finalidad de la creación. Esa es su indiscutible superioridad sobre los semi-sabios del positivismo y del materialismo llamado científico. Claudio Bernard fué nombrado Profesor de Fisiología General en el Colegio de Francia. Antes lo había sido de Fisiología Experimental. En este momento, orgulloso de la nueva designación quizás, es cuando llega a la cumbre de la impiedad, al sostener en su lección inaugural que: **la psicología debe desaparecer ante la fisiología**. Ese profundo error aún se proyecta sobre la fisiología de nuestros días. Olvidaba o ignoraba el aforismo de Aristóteles, que establece que las ciencias tienen fronteras que como las de las naciones no pueden ser violadas. Esta pretención, no le impide manifestar al poco tiempo, "**que la razón y el libre arbitrio son los actos más misteriosos de**

la vida animal y quizás de la naturaleza entera''.

Debo señalar en él, otro profundo error o una falta de probidad científica, lo que sería peor, cuando dice que las funciones de la reproducción de los animales han sido conocidas por el impulso dado por él a esa parte de la fisiología. Recuerdo a ustedes que Aristóteles ha escrito dos tomos sobre este tema, los que toda la crítica científica considera como su obra maestra en Historia Natural. Ellos son elogiados ditirámbicamente hasta por el apasionado Lewes. Y yo les digo, que cualquiera de mis alumnos sabe, que ningún sabio antíguo ni moderno, ha agregado un solo concepto, ni un hecho nuevo que valga la pena, a los tratados de Aristóteles. (El conferenciante los exhibe). En ellos, quien lo desee, puede verificar la exactitud de las palabras que acabo de pronunciar. En 1881, se publican las 140 lecciones de Henri Milne Edwards bajo el título de ''Anatomía y Fisiología Comparadas''. Este sabio fisiólogo combatió a Claudio Bernard, con apasionado encono. Su obra es la contestación más completa al materialismo de Bernard. Está inspirada en la filosofía y en el método de observación de Aristóteles. Nos basta recordar la frase en la que sintetiza la orientación de sus trabajos, que es literalmente tomada de Aristóteles: ''La constitución del reino animal no se concibe sino por la interveción de un creador''. "La vida, lejos de ser el resultado de las combinaciones ciegas de las fuerzas físicas, las maneja, las coordina y las armoniza''. Esta proposición, originalmente Aristotélica, ha sido demostrada por Charles Henry, en su bello capítulo sobre la matemática del viviente. Expresa siguiendo a Aristóteles, continuando a su maestro Cuvier, que **lo que domina en el ser organizado es la esencia;** que no existe la variabilidad de las especies, ni la descendencia de las especies actuales de las especies fósiles. Todos los sabios del mundo, de todas las épocas, sostienen con Aristóteles, que la vida aparece en nuestro planeta en un **momento dado antes del cual no existía**. Renuncio a expresar aquí, hasta que pueda hacerlo desde tribunas más garantidas para la expresión del pensamiento, las conclusiones que pueden extraerse de tal aseveración, tan concordantes con los relatos de los libros sagrados que contienen para nosotros la palabra de Dios traducida al lenguaje humano, limitándome a citar a los hombres de ciencia que han reflexionado sobre el aforismo Aristotélico. La ciencia actual acepta que la vida no depende de las condiciones externas para manifestarse, porque existiendo como existen hoy esas condiciones son impotentes para crearla. En estos apuntes encuentro que he escrito dos nombres: Pasteur y Esquiú. Voy a explicar el porqué, en una disgresión oral pertinente al caso y oportuna, por las circunstancias. Estos dos nombres están viculados entre ellos, por la fé católica. Pasteur libró la batalla más apasionada contra casi todos los sabios materialistas de su época, demostrando que la materia no puede engendrar la vida por sí misma; que por consiguiente la vida ha sido creada. El problema de la **heterogenia**, de la generación expontánea, había aparecido en la ciencia natural desde los tiempos más remotos. A él se mezcla el nombre de Aristóteles, presentándolo por el propio Pasteur, como partidario de la generación expontánea. Yo demostraré que no lo ha sido y en esta misma conferencia adelantaré algunas pruebas de lo que acabo de decir. El debate respecto de la generación expontánea, fué agudizado por la invención y la utilización del microscopio. Lo inició el sacerdote católico inglés Neidham en 1745, un sacerdote nazi del siglo XVIII, como hay tantos ahora, exponiendo los hechos observados y sus doctrinas en un libro titulado ''An account of some new microscopical discoveries'', el que fué traducido al francés por La Virotte, en París, en 1830. La teoría de Neidham fué abrazada por Buffon, como puede verse en el 4º volúmen de la edición de este autor de 1749. Contra estas ideas se levantó en Italia el Abate Spallanzani, oponiendo experiencias sagaces a las del autor inglés, las que están referidas en su libro ''Opuscules Physiques'' publicado conjuntamente en Paris y en Londres en 1769, y en Ginebra en 1777, traducido del italiano por Jean Senebier. En 1859, con motivo

de una Memoria de Pouchet y Houzeau de Rouen, sobre la **heterogenia**, en la cual estos autores pretendían haber arribado a conclusiones definitivas en el sentido de su confirmación, la Academia de Ciencias de Francia propuso como tema a los sabios de la época: "Ensayar por experiencias bien hechas, arrojar una nueva luz sobre la cuestión de la generación expontánea". Fué designada para vigilar las experiencias una comisión notable: Geoffroy, Saint-Hilaire, Brogniart, Milne Edwards, Lewes, de la cual sería relator Flourens. Pasteur resolvió tomar parte en esta especie de concurso, a pesar de las observaciones de sus amigos Biot y Dumas, que temían por el tiempo que este sabio tendría que dedicar a las experiencias destinadas a probar que la generación expontánea, no existe. Eran los tiempos del materialismo científico. Es necesario leer los diarios científicos de la época y las doctrinas que pululaban en los periódicos en contra del oscurantismo religioso, en contra de la Iglesia Católica, para que nos demos cuenta de los motivos que impulsaron a Pasteur a esta batalla. Es sensible que yo no pueda ahora continuar detallando las incidencias de esta contienda científica, pero diré como resumen, que las conclusiones de Pasteur, en contra de la doctrina de la generación expontánea, fueron aceptadas por la Academia y consagradas por todos los sabios de la época y que son inconmovibles hasta el presente y lo serán en el futuro. Frascos conteniendo líquidos putrescibles de muchos tipos, caldos, orina, jugo de remolachas, agua de levadura de cerveza, agua de levadura de cerveza azucarada, fueron exhibidos sin alteración y luego depositados en los sótanos del Colegio de Francia, para ser observados después de 50 años. Hace poco tiempo, fueron examinados esos líquidos; conservaban sus propiedades inalteradas, ni un organismo empañaba su claridad. Y están ahí, ahora desde hace 80 años, en las mismas condiciones en que los dejara el experimentador genial, dedicados al tiempo como las obras de Schilo, que no ha de desmentir las concepciones piadosas del humilde sabio católico. He aquí el principio del discurso pronunciado por Pasteur el 7 de Abril de 1864, en La Sorbona. El prueba la afirmación que yo hiciera respecto de los motivos que tuviera Pasteur para participar en el ardiente debate. En él están contenidas para quien sepa encontrarlas las ideas filosóficas que voy defendiendo desde mi Cátedra: "Señores: Grandes problemas se agitan en el día y mantienen en atención los espíritus: unidad o multiplicidad de las razas humanas; creación del hombre desde hace algunos miles de años o desde hace algunos miles de siglos; fijeza de las especies o transformación lenta y progresiva de las especies las unas en las otras; la materia considerada eterna y fuera de ella la nada; la idea de Dios inútil: he aquí algunas de las cuestiones entregadas en nuestros días a las disputas de los hombres. No temáis que yo venga aquí con la pretención de resolver alguno de estos graves problemas —pero en las cercanías de estos misterios, hay una cuestión que les es directamente o indirectamente asociada, sobre la cual he realizado estudios severos y concienzudos. Es la cuestión de las generaciones expontáneas. Esta creencia en la generación expontánea, es sobre todo aceptada, en nuestros días. Es esta creencia la que voy a combatir—" etc. Las experiencias de Pasteur, los discursos en que las apoyaba, debieron ser conocidos por nuestros grandes teólogos de esos tiempos. Seguramente por Esquiú. Y se me ocurre que además de su fé, de su intuición de iluminado, debió inspirarse en ellos, para pronunciar su gran oración sobre la ignorancia y sabiduría del hombre que dice así: "Oh! hombre, aunque te hayas declarado enemigo del Dios que adora mi fé, aun te saludo imagen de la eterna sabiduría, rey del mundo, y el más noble y digno adelantado de toda la creación en presencia de su autor. Ah! el hombre sabe y puede mucho. Esta gloria no puede ser motivo de envidia para nosotros sencillos hombres de la fé antígua, sino de sincera felicitación, al hallar en el siglo XIX, el perpétuo cumplimiento de aquella palabra del Señor en el principio de los tiempos: hagamos al hombre a nuestra imágen y semejanza y tenga dominio sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra... Pero ante el monstruo descreído de orgullo y de ciencia, está en pié el misterio de la vida pronto a derribar todo su poder, y

a aniquilar su presuntuosa sabiduría. Poned a la vista del nuevo titán, una semilla; una brizna de yerba, el insecto que pisáis y preguntadle que es aquello que vive en ese átomo. Tú que te paseas por las alturas del cielo y registras las profundidades de la tierra ¿"podrías decirme lo que hay en un grano de trigo, y porqué brota y cómo se multiplica en cien granos y cada uno de estos en otros cien más, tantas veces cuantas primaveras han pasado desde que se le cultiva sobre la tierra? — Ah! Dime lo que es la vida, prodúceme una semilla, una brizna de yerba, un solo insecto y yo caigo de rodillas delante de tí y te adoro por mi Dios!"

Las experiencias de Pasteur se vinculan evidentemente con las siguientes proposiciones Aristotélicas: Todo ser viviente, dice Aristóteles, **sin que ninguno escape a esta ley,** tiene un cuerpo de la misma forma que el suyo y que ha vivido antes que él: el hombre engendra al hombre —, esto lo repetirá Cuvier, diciendo: Todo ser viviente tiene un padre. Puede ser partidario de la generación expontánea, un sabio que repite esa concepción muchas veces en el curso de su obra mutilada, aunque hallamos en ella dos pasajes, en los que aparecen semi afirmaciones en pró de la generación expontánea, que es necesario interpretar para hacerlas decir eso?

Littré, para citar al sabio humanista, devoto de Comte, reconoce en la época de la famosa discusión de Pasteur con Pauchet, Musset, Bernard, que ha habido **en el mundo un momento creador**. Utiliza ese bello eufemismo, para no confesar la existencia de un Dios Creador del Universo y de la vida, rechazando a medias, como se vé, la relación del Génesis precisamente sobre ese **momento creador,** hecha con solemne, con divina elocuencia.

Debo ahora referirme a otros aspectos del pensamiento Aristotélico. Cuando Andrónico de Rodhas, ordenó las obras de ciencia positiva de la ciencia de la naturaleza y de la sociedad, se enfrentó con las obras filosóficas y teológicas de Aristóteles, a las que agrupó, para clasificarlas después, bajo el término general de **Methaphysica**. Los modernos comentadores y editores del filósofo, unánimemente dicen, que ese nombre corresponde a la significación de la palabra griega que es sobre la **physicis,** más allá de la física. Yo creo que Alejandro de Rhodas, ha significado, que tanto la Filosofía Primera, como la Theología, se ocupan de las causas no físicas, que son las que engendran los fenómenos físicos. Van a conocerse las causas íntimas, eternas de estos fenómenos accesibles a nuestra observación. Lo invisible por lo visible como dice S. Pablo. —Ese es el objeto de la methapsysica: el conocimiento de las causas primeras y eternas—. El espiritualismo filosófico de la obra de Aristóteles, parte de la realidad científica de su obra de naturalista, de biólogo, de físico. Demostrará lo invisible por lo visible, como lo hace en grosera semejanza, el trocito de magnesio, que se enrojece cuando lo hiere la corriente invisible de las ondas cortas. Por la línea de las cumbres del pensamiento Aristotélico seguirán los Apóstoles, los primeros Padres de la Iglesia, Alberto el Grande, finalmente Santo Tomás, para sintetizar el enorme esfuerzo del pensamiento divino y del pensamiento láico, culminado en la Suma Teológica, dirigida a dar al hombre, de nuevo creado, por el cristianismo la certidumbre científica y moral, de la inmortalidad de su alma y de su conciencia individual, así como también las leyes que han de regir las sociedades fraternales, solidarias, democráticas, jerarquizadas, espiritualistas, cuyo alumbramiento anuncia el huracán de fuego que hoy sopla sobre la tierra.

He aquí la síntesis de la filosofía Aristotélica que he extraído con trabajo ímprobo de la lectura de todas sus obras: Historia Natural, Problemas, Lógica, Retórica, Tratado del Alma, Política, etc. "Además de los elementos del mundo material (cuatro elementos) hay una **quinta substancia, que es propia de la divinidad y del alma del hombre,** la cual nada tiene de común **con los demás entes**. Todas las substancias materiales son incapaces de **inteligencia**, de **pensamiento** y de **memoria**: nada puede hacerlas recordar de lo pasado, prevenir lo futuro, ni hacer uso con libertad de lo presente. Estas cualidades son puramente divinas y solamente la divinidad las puede comunicar al hombre. Por eso la naturaleza del alma es de una especie particular y distinta realmente de todas

las demás substancias. Lo que siente, piensa, vive y se mueve, debe ser celeste, divino y por lo tanto eterno. Dios cuya existencia comprendemos tan claramente, no puede ser concebido sino bajo la idea de un espíritu puro, separado de toda mezcla de corruptibilidad, que a todo da movimiento, teniendo en sí mismo el principio de su propia acción. El alma humana es de la misma naturaleza''. Esta es esencialmente la filosofía de Aristóteles—, cuán lejos está ella, una vez conocida, de servir como base al método experimental y al materialismo científico. Aquello de que nada existe en la inteligencia que no haya sido tomado por los sentidos, como pueden comprenderlo ahora, se refiere a las nociones y conocimientos que sobre la naturaleza física, podemos adquirir por medio de nuestros insuficientes sentidos. La repetición **sitacósica** de la frase Aristotélica, ha extraviado a muchos respecto de la esencia de las doctrinas Aristotélicas, entre ellos, por supuesto al mufle anónimo, que desde un diario sensacionalista de esta ciudad de Córdoba sostiene que Aristóteles es un materialista empírico. El alma tiene otros medios para llegar al conocimiento de verdades más profundas y más útiles.

El estudio emprendido por los grandes físicos matemáticos de nuestra época — Poincaré, Planck, Einstein, Baetzman, Bhor, Curie, Charles Henry, con motivo de los fenómenos vinculados a la radio - actividad, han conducido a nuevas concepciones respecto de la constitución de la materia. Pués bien, estas comprobaciones científicas admirables del presente, coinciden con el concepto Aristotélico, sobre la constitución de la materia. Recién podemos explicarnos alguna de sus hasta ayer enigmáticas sentencias. Voy a probar esta desconcertante afirmación que acaban de oírme. Demócrito, Hipócrates y Aristóteles, han dicho que como es el **macrosmos** es el **microcosmos**. Recuerdo que hace veinte años, observando al ultramicrospocio una solución de plata coloidal, tuve la impresión de que miraba en una noche oscura, un cielo estrellado. Yo conocía la frase y creí que esa semejanza, podría haber sido notada de alguna manera por los sabios antiguos. Lejos estaba en ese momento de pensar que ella traducía una profunda verdad, vinculada a la constitución íntima de la materia. La ciencia moderna estudiando el átomo, **soporte material** de la **energía gravítica**, ha comprobado la verdad de la sentencia antigua: como es el **marocosmos** es el **microsmosmos**. El átomo es la representación exacta de nuestro sistema solar, sometido a las mismas leyes de atracción y repulsión que mantienen el equilibrio del Universo. El núcleo del átomo, el **protón**, corresponde al sol; los electrones que giran a su alrededor trazan en su marcha vertiginosa, curvas que corresponden por su forma a las de los planetas: es decir que los electrones más cercanos al protón, describen curvas que se aproximan a la circunferencia y los más alejados describen elipses cada vez más alargadas a medida que se alejan del núcleo. Las órbitas de Mercurio y Venus, por ejemplo son casi circulares; las de Neptuno y el planeta Lowel, transneptuniano, son elipses muy alargadas. Para no extenderme demasiado en el análisis de otras **categorías Aristotélicas**, palabra ésta conque el filósofo designa sus axiomas, voy a referirme solamente a otra, que también ha recibido sorprendente comprobación de la ciencia moderna.

He aquí las proposiciones de Aristóteles:

La **materia carece de propiedades en sí; sus propiedades le son dadas. Siendo la materia única**, los aspectos proteiformes, conque hiere nuestros groseros sentidos, se deben **a la colocación de los átomos en la molécula Esta arquitectura de la molécula** según cuál ella sea, **nos dará los aspectos de los diferentes cuerpos**. Pues bien, cuando analizaba Broussais en 1835, estas proposiciones de Aristóteles, que ya había formulado Demócrito doscientos años antes que él, por haberla escuchado casi adolescente de los labios de Pitágoras mismo, las condenaba en nombre de la orgullosa ciencia de su tiempo con altivo desdén — (Ver Broussais. ''Examen de las Doctrinas Médicas'', Tomo 1º de la 3º edición. París 1829. Capítulo Aristóteles). La física actual ha obtenido la transmutación de la materia, por medio de los bombardeos atómicos, demostrando experimentalmente la verdad de las afirmaciones de Aristóteles. Hay algo mucho más

admirable en las comprobaciones del pensamiento antiguo, que va realizando la ciencia moderna en los estudios sobre la energía física y sus relaciones con la energía biológica y con la energía psíquica. A la cabeza de estas investigaciones, está Charles Henry, el físico matemático, biólogo y filósofo, fallecido en Versalles en 1926. Por intuiciones y deducciones maravillosamente comprobadas por la alta matemática, Charles Henry ha llegado a demostrar, como lo hace Einstein, Planck para la energía física, la inmortalidad de la conciencia individual y del alma del hombre. En cuanto a la existencia de Dios, prefiero transcribir sus palabras contenidas en el famoso capítulo "Lo que yo sé de Dios". "No voy a dar mi opinón, ni a expresar una fé, sino un **saber**, un conocimiento racional coordinado; y a este título, para un sabio es necesario indicar en qué medida, puede ligar científicamente la idea de Dios a los resultados de sus investigaciones". Voy a intentar referir, por qué caminos ha llegado la ciencia moderna a esta reconciliación con la sencilla fé cristiana de los espíritus que fundaron esta casa, y que se me ocurre se han congregado en este augusto recinto, para escuchar en la palabra del más humilde de los hombres egresados el eco o l v i d a d o en ella de sus p r o p i a s voces. Muy dificultoso es realizar este resumen pero lo intentaré. Charles Henry ha establecido que las sensibilidades biológicas. son **medidas** geométricas entre las sensibilidades físicas y las sensibilidades psicofísicas, lo que significa que existe un rudimento de sensibilidad psico-física o de conciencia, cada vez que un resonador físico es asociado a un resonador biológico. Véase la coincidencia entre este concepto y la definición de lo que es la conciencia, dada por la filosofía Aristotélica y por la psicología moderna a saber: La conciencia es un equilibrio psico-físico mantenido por la auto regulación. Por otra parte la ley de la evolución lleva el conjunto de los fenémenos hacia **equilibrios estacionarios** poniendo en acción cada vez más eficaz a **la autoregulación,** a medida que los fenómenos son más complejos como ocurre con los de la vida superiormente organizada, como en el hombre. Comprendida así la evolución implica la inteligencia; luego puede afirmarse la existencia **concreta** de un sistema **consciente** de relaciones universales. La filosofía idealista ha considerado a Dios, como un sistema de relaciones **universales, sucesivas y simultáneas.** Luego puede llegarse al conocimiento de Dios por el conocimiento de las leyes de la naturaleza. La auto regulación, conduce en biología a la noción ya ética, de normalidad y de orden. Por su inteligencia, Dios no puede ser sometido a necesidades (en el sentido de fatalidad) sino a conveniencias; por eso es el Supremo Artista. Con estas proposiciones, denominando a Dios el Supremo Artista, colocándolo por encima de su obra y como creador, demostrando la inmortalidad de la conciencia individual y del alma, Henry apoya científicamente al cristianismo, demostrando el por qué de su separación del platonismo y del panteismo. El orden del mundo conduce a reconocer la existencia de Dios. Es esa la 5a. vía que Santo Tomás señala para alcanzar a Dios. A objeto de proporcionar siquiera sean elementos de intuición, destinados a preparar la inteligencia para los profundos estudios que requieren estas cuestiones, como cuando se inician en la metafísica aristotélica los que quieren interiorizarse de los misterios del cálculo integral o diferencial, a los que no se penetra sin esa **preparación, voy** a referirme a diversos aspectos de la obra de Charles Henry. Se habla muy superficialmente de la matemática del viviente en las escuelas de medicina: tan superficialmente que cuando más se sabe de ella, es que Pitágoras, así la designara en la antigüedad cuando aplicara a la vida su teoría de los números. Esa matemática, estudiada a fondo en nuestros tiempos por Wronski, Fechner, Robin, ha tenido en Charles Henry, un expositor incomparable al par que un experimentador escrupuloso y sabio. No en vano en su bagaje científico, guarda veinticinco años como ayudante de Fisiología de Claudio Bernard. La matemática instintiva del mundo orgánico, demuestra Henry, procede por números enteros y por números notables. Por el estudio de los números notables Henry, llega a demostrar el principio aristotélico de finalidad, coexistentes con el principio del rendimiento máximo. Ambos rigen los fenómenos físicos como los biológicos. Una suprema inteligencia, los aprisiona

en los números y en las figuras notables. Una figura notable, una relación notable, un número notable, lleva este nombre, cuando condensa en sí mismo, una variedad de caracteres y de funciones, que de ordinario se presentan separadamente. El círculo es una figura notable por su curvadura y por su rayo constante. Hay algo de definitivo, de sagrado en ella, como que es elemento proporcionado por Dios al hombre para el estudio del Cosmos. Se me ocurre esto, porque en esta vieja obra de Lalande, sobre la historia de la Astronomía (el conferenciante la exhibe), he encontrado esta estupenda afirmación perdida entre las fórmulas destinadas a la explicación de los fenómenos celestes. Considero a Lalande superior a Laplace. Ambos eran cerradamente materialistas. Los primeros hombres del mundo, los primeros astrónomos del mundo, los caldeos como los astrónomos modernos, basan sobre el círculo de 360º, el estudio total del Cosmos. El círculo de 360º, dice Lalande en esta página del primer tomo de su obra, en frase como huyente, sin una reflexión, fué convencionalmente elegido por los primeros astrónomos caldeos, o babilonios como por los actuales, para explicar los fenómenos celestes. Pero yo me pregunto, frente al silencio del sabio impío, quien sino Dios ha podido sugerir al hombre del pasado, del presente y del futuro, esa elección? Quién sino Dios ha podido demostrar su propia ley del rendimiento máximo, al proporcionar al hombre, en una simple curva, en la cuarta parte de esa curva, el medio para comprender la misteriosa armonía del Cosmos, que como dijera el Salmista, narra su Gloria? Lo que en Matemáticas se llama **la sección de oro** y **la proporción armónica,** son números notables porque reducen a dos y a tres los elementos de un algoritmo que en general comporta cuatro. (Suma, Resta, Multiplicación, División). En la Matemática del viviente encontramos estas mágicas realizaciones. Lo sucesivo y lo simultáneo son evocados por la proporción armónica; Los dos valores de la sección de oro, representan los dos óptimos de contraste energético. Entre los números enteros, los números primos son los más importantes, porque los otros se descomponen en números primos. En la categoría de números notables, entran los números rítmicos. El ritmo evoca el espacio y lo continuo; el no ritmo evoca el tiempo y lo discontinuo. El ritmo representa la energía potencial; el no ritmo la energía cinética. Los exponentes enteros son valores notables. De ellos extraen Einstein, Poincaré y sobre todo Henry, las nociones de **dominio** y de **campo.** El intervalo formado por dos campos contados a partir de una misma potencia en el sentido creciente y en el decreciente, define un dominio. Charles Henry ha determinado los **quantas,** de diversos órdenes, electromagnéticos, gravíticos y biológicos. Ya es posible con estos indicios sobre la manera de operar de los físicos matemáticos y biológos ver cómo la energía material de cualquier naturaleza y la vida, van como penetrándose sin confundirse, dentro de un sistema de leyes naturales, que en ciertos momentos, realizan fórmulas matemáticas que les son comunes o muy similares. Las diversas energías y la vida, por ejemplo, por la ley de los **quanta,** de aplicación universal en el Cosmos, están sometidas a la autoregulación. De ella sólo escapa la energía psíquica, como que es de naturaleza divina, aunque pueda someterse a ella, por **conveniencia,** pero nunca por imposición de la fatalidad.

La energía continua no se concibe ni existe en el mundo de los fenómenos materiales. Desde la enorme palpitación del sol hasta la energía intratómica, se rigen por la ley **quántica.** Aristóteles había explicado los fenómenos de la vida, por la auto regulación provocada por la acción de los agentes externos, internos y psíquicos. Así se regula y mantiene la temperatura interna, la mezcla de los medios líquidos. El principio de continuidad de la emisión de la energía física y los métodos infinitesimales aplicados a su cálculo de potencialidad y de duración sólo interpretan los fenómenos estacionarios. Escapan a esos cálculos las emisiones instantáneas de energía, que caracterizan más especiaalmente a la energía biológica y psíquica. La fórmula de Planck basada sobre la emisión de la energía física por **quantas** y aplicada a éstas (la biologica y psíquica), por Henry, restablece el acuerdo del cálculo con los nuevos hechos de experiencia. La física actual, evidencia el carácter auto-regulador de la vida, reali-

zado por la dualidad funcional que opone dos clases de resonadores, unos sensibles a un intervalo de reacción lenta y continua, otros sensibles a una vibración especial de reacción viva y corta. Equiparando el cuerpo del bacilo, digo ésto de paso para los higienistas burocráticos, a un resonador biológico puede reaccionar a la acción específica del sol, exacerbándose su virulencia o agotándose. Mientras la física del siglo XIX, entraba en crisis con los descubrimientos de la radio-actividad, los conceptos antiguos originados en la pura reflexión, o en la intuición, o para mí en la revelación, reciben de la nueva física, de la nueva química, consagraciones inesperadas, que se refieren hasta a las **creencias populares,** llamadas así desdeñosamente por la ciencia positiva. Esas creencias jamás dejaron de palpitar como una luz de esperanza en el alma del hombre: me refiero aquí a la explicación científica de los fenómenos de **telepatía,** de **supervisión,** de **premonición,** de **metagnomía,** de **levitación,** en que los hombres simples creyeron siempre; interpretando su oposición a las leyes comunes de la vida, como manifestaciones del poder del Creador, como señales de luz destinadas a herir nuestras almas con sensaciones de eternidad, haciéndonos entrever las posibilidades de la existencia de un más allá, donde las almas se encontraran de nuevo para realizar quizás, las bellas impulsiones hacia una verdad presentida de Justicia perfecta, de belleza, de bien absoluto, que truncas quedaron en su paso a través de los medios groseros de la vida. En el estudio de la energía radiante, en la que intervienen la **continuidad** y la **discontinuidad,** apoya Planck, sus luminosas deducciones, su férrea fórmula. Henry avanza una nueva etapa, al precisar las condiciones en que es permitido a los fenómenos gravíticos, electromagnéticos y biológicos, influenciarse recíprocamente. En su "Generalización de la teoría de la Relatividad", demuestra la existencia de un tercer dominio: el dominio biológico de un orden de grandeza aun más pequeño, probando que los resultados de las experiencias en los animales de temperatura constante, en los hemoteromas como dice Aristóteles, **no pueden ser puramente químicas o electromagnéticas.** Desde esta elevada concepción de lo infinitamente pequeño a que lo han llevado sus cálculos se divisa la cima final, lejana todavía, **la substancia aristotélica,** sirviendo de soporte a la energía psíquica. En la energía psíquica, encuentra Henry, dentro de las fórmulas que ha establecido para la duración de las otras clases de energía, una infinitud de duración tan inmensa que la hace prácticamente inmortal, con su característica de individualidad no desintegrable en el hombre, lo que significa para éste la inmortalidad de su conciencia individual unida a la inmortalidad de su alma que por ella se exterioriza en la variedad sabia de su poder sobre los fenómenos naturales. La vida supone un funcionamiento auto regulador, del que el sistema nervioso es el principal instrumento. Las **frecuencias nerviosas** son vibraciones elásticas, oscilaciones de **resonadores elásticos** y biológicos de bajas frecuencias. El carácter esencial de la vida manifestada es amortiguar las frecuencias y las rapideces de propagación. Hipócrates atribuía a los **túbuli** contorneados del aparato sexual el papel de **amortiguadores,** son sus palabras, de los deseos genéticos. Yo pienso que en los procedimientos de la vida, encuentran los organismos vivientes superiores, los medios para hacer inofensivos a los rayos cósmicos, capaces de atravesar densas capas de plomo hasta de 10 metros de espesor. El sistema nervioso establece los equilibrios instantáneos que requiere la auto regulación. La conservación y el desarrollo de la vida se condicionan a los equilibrios estacionarios entre los dominios **gravíticos;** electromagnético y biológico. La ruptura de este equilibrio es la muerte fisiológica. El resonador biológico es liberado por ella de los lazos mecánicos estacionarios que lo sujetan a las condiciones de la relatividad. En el resonador biológico persiste por un tiempo prácticamente eterno, la conciencia individual y sobre él y para siempre el alma inmortal emanada de la divinidad y de igual naturaleza que ella. Por eso comprendemos que las fuerzas psíquicas existen de toda eternidad. Comprendemos esto, por medio de un hecho que ahora es vulgar. La palabra humana, captada por la honda hertziana, nos ofrece la prueba de un aspecto de nuestra eternidad física. Esta inmortalidad física individual de la palabra humana, lleva involucrada en parte la inmortalidad del alma, en algunos de los aspectos con que ella se ex-

terioriza al través del misterio del pensamiento, que conservará para siempre. Las funciones psíquicas son movimientos **virtuales** y por lo tanto carecen de equivalentes mecánicos. La sensación es un movimiento real que termina en un movimiento virtual, la idea es un movimiento virtual que termina en un movimiento real. Por el principio del rendimiento máximo el ser viviente obedece a las leyes de la energética que mantienen la estructuración del mundo físico; pero conserva la prerrogativa de la finalidad. El principio del rendimiento máximo enunciado por Aristóteles como elemento de la finalidad, la Naturaleza hace lo que hace lo mejor que puede, aplicado por él a los elementos físicos y a la biología, implica la **menor acción suficiente para alcanzar el máximo de resultado**.

Del fecundo principio del rendimiento máximo, surge en Biología, el principio de especialización, por el que se alcanza la organización. El engendra también, la ley que rige el modo de acción de todas las energías: del cosmos, lo mismo físicas que biológicas: el principio de la **auto-regulación,** que utiliza la energía, con luminosa exactitud allí donde es necesario y en el fugaz descanso de su ritmo, evita la dispersión de la misma. Qué es el silencio cardíaco si no esta energía quántica utilizada por el órgano simbólico de nuestra vida superior?

Aristóteles estableció, para siempre, las diferencias que separan infranqueablemente el reino animal del reino vegetal, como puede leerse en el Génesis, separados por Dios mismo en el momento de la Creación de la Vida. La ciencia moderna ha comprobado con estudios sutiles, el relato del Génesis y la rotunda afirmación del filósofo griego. El transformismo, pretendió encontrar en la célula el origen común de los dos reinos, los adeptos de la filosofía materialista no ocultaban su alegría cuando creyeron que la ciencia experimental auxiliada por el microscopio, por la física, por la química, iba a asestar un golpe de muerte a la relación sagrada sobre el origen de los reinos vivientes. Luego la filosofía antigua por el órgano de su mejor exponente que es Aristételes, había dicho que los animales se diferencian de los vegetales en que éstos carecen de **locomoción,** de sensibilidad y de **sistema nervioso**. Parecía esta una afirmación dogmática susceptible de ser abatida por la experimentación. Pero he aquí que la ciencia actual, armada de todas las armas más perfectas para investigar las intimidades últimas de la vida, encuentra que la **célula nerviosa,** se diferencia de la célula vegetal, en que carece de **celulosa** y en que posee un sistema de **aislamiento térmico,** privilegio del sistema nervioso, por lo cual este sistema se adapta a los modos de acción de la energía elástica. Por eso las frecuencias nerviosas en tanto que son frecuencias elásticas, se relacionan con las frecuencias propias de los albuminoides que constituyen las células. En otros aspectos percibidos por Aristételes con extraña claridad, pero que con tantas pruebas que de ella hemos encontrado, ya no debe asombrarnos, los vegetales están sometidos como los animales a las leyes del trabajo estático y en cuanto se refiere a las funciones respiratorias, circulatorias y de reproducción, las analogías entre uno y otro reino son evidentes.

Es inmortal el hombre? Aristóteles lo afirma claramente y de las investigaciones de la ciencia moderna, se infiere la posibilidad de una demostración científica, que aunque aproximada, basta para confortar la eterna esperanza de nuestras almas que ha resistido a los embates de la estéril filosofía que sostiene su aniquilamiento por la muerte física. He aquí las proposiciones formuladas por Henry, después de pacientes cálculos y de amplios estudios experimentales y matemáticos. La vida elemental manifestada, en la célula por ejemplo, es el resultado del equilibrio de las fuerzas graviticas, electromagnéticas y biológicas. La muerte física, provoca la ruptura de ese equilibrio, pero no destruye los resonadores biológicos, cuya potencia vibratoria está representada por 10^{61}, como ocurre con las combinaciones químicas o las disociaciones físicas o electrolíticas, que no destruyen la masa elemental de los electrones o de los iones, masas que en condiciones determinadas pueden unirse y reconstruir el cuerpo de que han formado parte (anoto este hecho, porque se entrevé una posibilidad inesperada, una verdad insospechada en la frase bíblica que se refiere a la resurrección de

las almas con los mismos cuerpos que habitaron.

Yo me atrevería a decir aquí, nada más que para hacer comprensiva esta cuestión para los que no estén familiarizados con esta clase de investigaciones, que imagino al resonador biológico como el soporte material del alma y de la conciencia individual, como el resonador gravítico, es el soporte del átomo según lo demuestra la física. Si lo que se entiende por **personalidad,** es una individualidad, **caracterizada por ligeras** separaciones de los valores normales de las constantes de asociación bío-psíquicas, matemáticamente calculadas, la muerte física no debe arrastrar necesariamente, ni la pérdida de la conciencia individual, ni el aniquilamiento de la personalidad, que al fin es el trasunto de nuestra alma inmortal y divina. En cuanto nos encontramos que la ciencia más profunda, se eleva a estos problemas, procurando resolverlos y encerrarlos en la magia luminosa y hierática de sus fórmulas; problemas respecto de los cuales la religión y la fe, ya nos han ofrecido la solución en axiomas indemostrables pero evidentes, vemos en ese esfuerzo de la ciencia, la prueba palpable de que algo de verdad divina, ha palpitado en el alma del hombre a través de los siglos, en la cumbre de sus esplendorosas civilizaciones como en la abyección de sus misteriosas caídas. La psiquis estará tanto más ligada a la conciencia individual cuanto mayores hayan sido los esfuerzos del ser humano, para realizar la finalidad, que es para él, el bien como norma de sus actos, la meditación en estos eternos enigmas, respecto de los que cualquiera que sean las vacilaciones de su fe al no poderlos penetrar por completo, concluyen siempre por acercanos a Dios! El cálculo matemático demuestra, que masas **extremadamente pequeñas,** liberadas de todo lazo estacionario, se comportan como sensiblemente inmóviles, en medio de los desplazamientos mecánicos, electromagnéticos y gravíticos. Sobre la simplicidad de esas masas funda el cálculo la eternidad del elemento biológico. Sobre la inmortalidad biológica, realizan las especies sus destinos y conservan su invariable caracterización. Dos leyes rigen este hecho biológico, formuladas por Aristóteles y por Galeno: La que impulsa a la especie hacia la conservación arquetipal del individuo; la que hace que el individuo busque para su conservación, el amparo de la colectividad, es decir de la especie. Esta ley, ha sido también enunciada por Aristóteles, diciendo que la condición de todos los equilibrios físicos y sociales, se mantiene y se desarrolla progresivamente obedeciendo al principio de la **variedad dentro de la unidad.** En la vida social, este principio es el ideal de la sociedad cristiana. El individuo debe ser tan interesante a la sociedad como ésta lo es al individuo. La sociedad fraternal, organizada por la iglesia cristiana desde su nacimiento, conservaba al individuo todos sus atributos y actividades y al garantizarle el ejercicio particular de ellas por medio del amparo económico que le proporcionaban las corporaciones civiles dentro del régimen de trabajo abierto a su capacidad y a su disciplina, inclinaba al individuo, no al egoísmo despiadado, sino a retribuir el amparo recibido, realizando él, una vida noble, virtuosa, de buena fe, para la que lo preparaba la iglesia de Cristo, a cuyo divino nacimiento, puede decirse que había asistido. Toda acción individual o colectiva, según Aristételes, implica una coordinación de elementos o de fuerzas referidos a una unidad de dirección (ver Aristóteles, el **motor inmóvil** —explicación de la palabra uno —metafísica, tomo II). La iglesia ensayó la constitución de las sociedades humanas sobre fundamentos eternos, a los que se volverá algún día, bajo la unidad de dirección de una fe común. El Espíritu laico destruyó casi totalmente esa obra con el individualismo de la Reforma, universalizado por la Revolución Francesa, y cristalizado en las Constituciones políticas que hoy rigen el mundo, a las que se debe, podríamos decirlo, la organización laica del desamparo social. Hoy asistimos al desmoronamiento de los regímenes políticos y sociales que el individualismo laico fundara y sobre el polvo ensangrentado de sus ruinas, flota de nuevo la esperanza de la fraternidad social, como una luz Mesiánica.

Otros conceptos trascendentales para mi objetivo en esta conferencia, he encontrado en el conjunto inmenso de las concepciones Aristotélicas, que la ciencia moderna acepta como reales y pretende

aplicar. Todos los antiguos, incluso Aristóteles, historiadores, cronistas, médicos, hombres de ciencias, literatos, poetas, han hablado de la existencia de facultades **supranormales** en el hombre, por medio de las cuales las leyes biológicas habituales, las leyes físicas, los equilibrios estacionarios, las relaciones matemáticas de los cambios de energía, aparecen modificados, exaltados, anulados, aunque sea por fugaces momentos. Todas las Teologías se han referido a ellos, hombres sin luces en cuya organización se esconden sensibilidades especiales, son a veces los instrumentos por intermedio de los que percibimos esos extraños fenómenos. Las ondas hertzianas, los resultados obtenidos por los bombardeos atómicos, han preparado a la inteligencia contemporánea, para una mejor comprensión del mundo físico y para aceptar las posibilidades del más allá. Todos los pueblos de la tierra y de la historia, han interpretado esos hechos como manifestaciones del poder de Dios, defendiendo su creencia en ellos contra las afirmaciones presuntuosas de una filosofía estéril. Sin otra finalidad por el momento que la de señalar la coincidencia entre el saber popular y la ciencia ultra moderna, voy a recordar las palabras con que la ciencia acepta tan extraños fenómenos: "Las frecuencias extremadamente elevadas de los resonadores biológicos —10^{61}—, de los resonadores psíquicos —10^{137}— unidas a las frecuencias muy pequeñas de los resonadores etéricos permite concebir la metagnomía, es decir, el conocimiento supranormal sin la intermediación de los sentidos. Las grandes velocidades de propagación a las que conduce el equilibrio de emisión entre los resonadores **biológicos, gravíticos o electromagnéticos,** nos explican la **telepatía**. La frecuencia notable que puede obrar sobre el éter ligado a masas biológicas, nos hacen comprender ciertos hechos de crecimientos extraordinarios y las **apariciones de fantasmas**. Los procesos de integración atómica, aplicados a los **átomos biológicos,** y de desintegración radioactiva, pueden explicarnos los hechos raramente observados de levitación. (Estos fueron probados por Crookes y Richet en célebres experiencias). En cuanto a los fenómenos **odicos** estudiados por Rosbach, o las irradiaciones astrales estudiadas por Baraduc, el aura luminosa que circunda la cabeza de los elegidos, son fenómenos de fosforescencia que pueden explicarse por el funcionamiento nervioso en seres de un Psiquismo superior, que tiene por carácter amortiguar las altas frecuencias, como es la fosforescencia, haciéndolas visibles. Dejo a la ciencia la responsabilidad de estas explicaciones y sólo extraigo de ella, el hecho de la aceptación de los fenómenos. La Historia Apostólica, como la Historia General, ofrecerá a sus cultores nuevos encantos, si sus relatos no se tienen como leyendas de ignorantes. Simón el Mago, abatido por S. Pedro, desde su diabólica elevación ante Nerón, no es como el volterianismo lo sostiene, una falsedad del Evangelio. Tampoco es fantasía de los discípulos de Jesús, el limbo luminoso que flotaba en su Divina Frente; ni es el **amor de una alucinada,** como dice el impío Renán, quien dió al mundo, la visión consoladora de un Dios resucitado. Esos hechos en los que la masa de los hombres ha encontrado consoladoras esperanzas iluminados por la luz de la Fe, la ciencia se detuvo para negarlos primero; y ahora al aceptarlos, sin desprenderse del todo de su tendencia materialista, procura encontrar dentro de las leyes que rigen las formas más sutiles de la materia, dentro de las propiedades, algunas inmateriales de la energía, las explicaciones a que acabo de referirme. Concreto finalmente mi pensamiento diciéndoles a ustedes que he procurado iniciarlos en la ciencia y en la metafísica aristotélica, en la verdadera, en la que tomando por base los resultados más generales de la experiencia, deduce de ellos racionalmente las nociones supremas a las que conduce el principio de razón de ser: Dios y la inmortalidad del alma y de la conciencia individual, fundamento de toda ciencia, al que su alma clarividente, su inteligencia inigualada hace servir el inmenso mundo de los hechos conocidos y explicados por él.

A pesar de que he oído que interesa poco en la actualidad, el recuerdo de lo que fué la enseñanza en la Facultad de Medicina de Córdoba antes del año 18, quiero terminar esta conferencia, leyendo algunas páginas de otra que yo pronunciara en 1930, cuando toda la Universidad de Córdoba, su pasado y el azaroso presente de esos días, eran comba-

tidos sin piedad por los representantes de ideas superficiales, propias de un ambiente perturbado por la pasión: "Mientras escribía los nombres de alumnos y maestros que aparecen confundidos en gloriosa amistad a través de la Historia, tuve el impulso de mezclar a ellos mis recuerdos personales. Perdónenme ustedes si antes de referirme a los párrafos de "El Juramento", que contienen asuntos puramente médicos, porque no sería oportuno intercalarlos allí, deje que mi recuerdo vaya a refugiarse, como en un pecho amigo, en el seno de la vieja Universidad de Córdoba. Esta sugestión me la trae aquel párrafo en el cual el discípulo honrará a su maestro como a los autores de sus días, y que dividirá con él su haber, en caso necesario. Sé, y acabo de expresarlo, que otro es el espíritu de estos tiempos; que los discípulos ven en el profesor al simple asalariado; que lo que más les interesa es la conquista de un título que los habilite cuanto antes, para esgrimirlo con ventaja en el entrevero social; que antes de abandonar el aula, han roto toda relación humana con sus maestros, y están ya afanosos por substituirlos, no sólo en la dirección general de los estudios, sino en el ejercicio de la profesión. Yo no he respirado ese ambiente, en la Universidad de Córdoba, donde tengo el honor de haberme graduado. Subsistía entonces en las diversas facultades, y especialmente en la de Medicina, algo de la educación familiar de las antiguas escuelas, y del régimen de nuestra enseñanza secundaria. El colegio Monserrat formaba parte de la casa y se prolongaba hacia ella por sus corredores ojivales y por su alumnado. La obligación aceptada sin protesta de concurrir a clase diariamente, terminaba por establecer una familiaridad respetuosa entre alumnos y profesores. El sistema de que un alumno expusiera la lección del día, proporcionaba al maestro elementos de seguro juicio para la clasificación, y a los alumnos les ofrecía ocasión de disertar sin ceñirse a los manuales hechos para facilitar el examen, pues cada uno deseaba destacarse. Lo bueno que pueda haber en mí, lo atribuyo al influjo de mis maestros de entonces. Ellos fueron hombres como el doctor Justo S. Luque, profesor brillante de Anatomía descriptiva y de regiones; como Ortiz Herrera, quien descendía por las tardes desde su sitial de gobernante para dictarnos las lecciones de clínica médica en el viejo San Roque; como Pedro Vela y Martín Ferreyra, cirujanos laureados en Europa, criollos de vieja estirpe, de manos seguras y elegantes, que jamás **trataron previamente el pago de sus intervenciones**; como Vidal Peña, que unía al dominio completo de la ciencia médica, la sólida educación clásica, lo que le permitía recitarnos de **arriba abajo**, y de **abajo arriba**, cantos de la Eneida, de la Ilíada, fragmentos de Lucano, del profundo Lucrecio, en sus idiomas originales, cuando el éxito de sus operaciones filigranadas sobre la vista le ponía de buen humor; como Alejandro Centeno, clínico notable; como Ignacio Martínez, profesor de Patología Interna, quien después de haber convivido en París, durante años, con los representantes de la edad de oro de la clínica francesa, poseía tan a fondo su materia, que a pesar de prepararnos deliberadamente en los grandes tratados médicos del tiempo, como los de Charcot - Bouchard - Brissau; como Brourdel - Gilber; Robin, Huchard, no pudimos jamás conseguir extraviarlo en las opiniones que atribuíamos caprichosamente a uno u otro autor: secamente nos interrumpía diciéndonos: "Charcot no puede pensar así; Fournier es quien opina de tal manera; lo que usted dice es una manifestación de Huchard". Seis éramos sus alumnos regulares y acostumbraba a darnos las lecciones en la tarde paseando por las amplias galerías de la Facultad de Medicina. A estos nombres podría agregar los del químico Luis León, del parasitólogo Garzón Maceda, del tocólogo Ramón Gil Barros. Amigos y maestros de todos eran esos modestos hombres de ciencia cuyos nombres obscureciera la sencilla vida de provincia. Y qué altura moral les caracterizaba! Les citaré un ejemplo. El Dr. Pedro Vela fué atacado de un flemón profundo del cuello. Los alumnos de toda la Facultad se disputaban el honor de velar junto a su lecho. La necesidad de intervenir se hizo inminente una noche. La amenaza de que el pus descendiera hasta el mediastino, detenido todavía por la barrera de la aponeurosis media del cuello, que se inserta sólidamente en el esternón y en la clavícula, complicación fatal de esta clase de abscesos, impedía esperar la llegada del célebre cirujano de Rosario, Dr. Bartolomé Vasallo. En Córdoba únicamente el Dr. Martín Ferreyra, profesor de medicina ope-

ratoria, cirujano cortado al tipo de Pean y de Tillaux, sus maestros, era capaz de operar al Dr. Vela. Pero existía el inconveniente de una enemistad personal; la familia no vaciló en llamarlo para intervenir de urgencia, y el Dr. Ferreyra concurrió en seguida al caballeresco pedido. En medio del angustioso silencio de sus amigos, familiares y estudiantes, hizo su aparición el profesor aureolado de su fama, del relieve social de su personalidad, de la distinción que trasuntaba su esbelta figura inconfundible. Ambos colegas se reconciliaron en una mirada cargada de emoción y de amistad. El Dr. Ferreyra se dió inmediata cuenta de la situación, y comenzó los preparativos para intervenir. Realizó la operación con la elegancia y la seguridad de su maestro Pean, dividiendo las partes blandas capa por capa, como si fuera a ligar una arteria, casi sin anestesia. Emocionante fué el momento, cuando sobre la sonda acanalada, el cirujano hundió el bisturí, para incindir la aponeurosis media que, como he dicho, opone su barrera poderosa al camino del pus hacia el exterior. Con tranquila seguridad la voz del cirujano dijo: "He aquí el pus; ya está salvado, amigo". Al lado de la profunda herida, latían los grandes vasos del cuello. Solamente quienes sean médicos sabrán apreciar la dramaticidad de esos momentos, en los que el bisturí trabaja rozando las arterias, los nervios neumogástricos, frénico, el plexo cervical, órganos algunos cuya lesión cuesta la vida. Pero comprendo que no debo dejarme arrebatar por tantos recuerdos como ahora me asaltan, porque ellos concluirían por llevarme demasiado lejos del presente, al que de todos modos debo la colaboración de mi esfuerzo, aunque yo no pertenezca a él. Soy hombre del pasado, y reconociéndome tal, no deseo que se extinga en mí la llama espiritual de la vieja Universidad de Córdoba. Ya que algo más brillante no hice para dar lustre a su nombre, que al menos pueda decirle, con motivo de estas evocaciones, que también en mi vida he cumplido el mandato que expresa la leyenda de su escudo, llevando con honor su nombre entre las gentes" (1).

——oOo——

(1)—"Dos Libros de Hipócrattes: El Juramento — Los Aforismos Análisis del primer Aforismo". La Semana Médica, 1933 Nº 43.

Otras publicaciones del autor relacionadas con la Ciencia Médica

1.—Histerectomía vaginal. Tesis de Doctorado. Córdoba, 1902.

2.—Biblioteca de Medicina Clásica. Fundamentos del proyecto de creación; solicitud de recursos destinados a la adquisición de obras de Medicina Clásica y Ciencias afines, Diario de Sesiones del H. Senado de la Nación, 55a. Reunión, 10a. Sesión Extraordinaria. Abril 12 de 1923, página 609.

3.—Discurso fundamentando una solicitud de fondos para la adquisición de radium y aparatos para su empleo, destinados a la instalación de los servicios de Roentgenología profunda y Radiología en la Facultad de Medicina de Rosario. Diario de Sesiones del H. Senado de la Nación: 35 reunión. 1º de septiembre de 1925. Tomo II, Pág. 121.

4.—Discurso en defensa de las Autonomías Universitarias, 1927.

5.—Discurso para fundamentar el proyecto de Construcción y montaje del Inst. de Biología de la Fac. de Ciencias Médicas de Bs. Aires. . Diario de Sesiones, Año 1924 Tomo I. pág. 463.

6.—Creación de la Universidad Nacional del Litoral. Fundamentos expuestos propiciando la sanción del proyecto. Diario de Sesiones del H. Senado de la Nación: 45 Reunión. 27 de septiembre de 1919. Continuación de la 27° Sesión Ordinaria. Tomo 1º, pág. 819. (1).

7.—Intervención a la Universidad de Córdoba. Fundamentos solicitando el rechazo de la segunda parte del proyecto. Diario de Sesiones del Senado, 1924, Tomo I, pág. 395. (1)

8.—Discurso oponiéndose a la sanción del proyecto sobre Profilaxis de la Lepra. Diario de Sesiones del H. Senado de la Nación: 22 Reunión. 9 de septiembre de 1926. Continuación de la 18 sesión ordinaria. Tomo 1º, pág. 601, 608, 609, 610, 613, 614, 615 al 18. Continuación página 636. (1).

9.—Conferencia Inaugural de la Cátedra de Historia de la Medicina: "Análisis de algunas doctrinas hipocráticas". Boletín de la Universidad Nacional del Litoral. 1929. IIIº, pág. 528. (1).

10.—Títulos. Antecedentes y Trabajos. Rosario, 1929.

11.—Informe sobre la enseñanza de Historia de la Medicina en el curso del año 1930. La Semana Médica, 1931, tomo 1º, pág. 585 y Revista Médica de Rosario, 1931, tomo XXI, página 73.

12.—El sueño y los sueños: Comparación de las ideas de Aristóteles con las teorías de la Fisiología moderna. La Semana Médica, 1932, tomo IIº, pág. 1441.

13.—La Física Matemática: Pitágoras, Aristóteles, Wronsky, Fechner, Charles Henry. Comprobación matemática de la supervivencia individual. La Semana Médica, 1933, tomo IIº, pág. 19.

14.—Dos Libros de Hipócrates: "El Juramento" y "Los Aforismos". Análisis del primer aforismo. La Semana Médica. 1933, tomo IIº, página 1258.

15.—Rufus de Efeso: "Tratado del Pulso". Los verdaderos precursores de Harvey. La Semana Médica, 1933, tomo IIº, pág. 660.

16.—Tres lecciones sobre Aulo Cornelio Celso: 1º Biografía de Celso y estado de la medicina en tiempos de Augusto. La Semana Médica, 1934, tomo 1º, pág. 1014.

17.—Introducción a las lecciones sobre los "Aforismos de Hipócrates". La Capital, Rosario, 31|10|1934 y La Semana Médica. 1934, tomo IIº, página 2032.

18.—Necesidad de incorporar a los planes de estudios de la Facultad de Medicina la Historia de las doctrinas médicas. (En colaboración). La Capital, Rosario, septiembre 15 y 16 de 1934, y Vº Congreso Nacional de Medicina, Rosario, 3 al 9 de septiembre de 1934. Actas y Trabajos, tomo IIº, pág. 483.

19.—La Reacción de Wasserman y los certificados prenupciales. La inmoralidad de las ciencias y doctrinas extremistas. La Semana Médica, 1934, tomo IIº, pág. 611.

20.—Una exposición sobre cuestiones universitarias y sociales. Diario "La Capital", Rosario, 3 de junio de 1934.

21.—Ideas que surgen en el espíritu al estudiar la Historia de las Doctrinas Médicas. La Semana Médica, 1935, tomo Iº, pág. 1855.

22.—La medicina de Celso. La Semana Médica, 1935, tomo IIº, pág. 1546.

23.—Título, antecedentes y trabajos. Rosario, 1936.

24.—Galeno: Resumen de las obras de Galeno en algunas lecciones: "De la utilidad de la mano". La Semana Médica, 1936, tomo Iº, pág. 1453.

25.—Títulos, antecedentes y trabajos presentados en el Concurso de Profesor titular a la Cátedra de Historia de las Doctrinas Médicas de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional del Litoral. 1936.

26.—Explicación de algunos Libros Hipocráticos. Publicaciones de la Cátedra de Historia de la Medicina de la Universidad de Buenos Aires. 1940. Tomo IIIº, pág. 197.

27.—Enseñanza de la Historia de las Ciencias. Respuesta del Dr. Ricardo Caballero al profesor contratado por la Universidad del Litoral, Dr. Aldo Mieli, con una introducción del Dr. J. A. Codazzi Aguirre. La Semana Médica, 1939, tomo IIº, página 227 y Revista "Nativa", Buenos Aires, 1939, XVI, Nº 187, página 13.

28.—"Inviolabilidad del Secreto Profesional". Caso institucional planteado por el estado de salud del Excelentísimo Señor Presidente de la Nación, Dr. Roberto M. Ortiz. Exposición del Dr. Ricardo Caballero en el H. Senado de la Nación. Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores, 25 de abril de 1941. 53 Reunión, 14 sesión extraordinaria, pág. 826.

29.—Fundamentos relativos a la publicidad de la sesión secreta celebrada por el H. Senado de la Nación de fecha 17 de julio de 1941, sobre informes del P. E. en el Departamento de Relaciones Exteriores y Culto. Diario de Sesiones, Cámara de Senadores de la Nación, agosto 21 de 1941, 14 reunión, 13 sesión ordinaria, pág. 316.

30.—Conferencia inaugural del Curso de Historia de la Medicina del año 1942: Exposición general del método para el estudio de las Doctrinas Médicas. Rosario, 1942.

31.—Un aporte Hispano-Indo-Americano a la Medicina Mundial: "Las quinas". Conferencia pronunciada por su autor y reconstruída taquigráficamente en la segunda Conferencia de Estudio del Primer Congreso de la Cultura Hispano-Americana celebrado en la ciudad de Salta, el 17 de septiembre de 1942. Rosario, 1942 y publicación oficial del Congreso, tomo Iº, pág. 101. Buenos Aires, 1942.

(1).—Ver: Ricardo Caballero, Discursos y Documentos Políticos, compilación de Roberto A. Ortelli, Buenos Aires, Sociedad de Publicaciones "El Inca".